

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Editorial.

Ramón Liarte: Trayectoria y objetivos del movimiento obrero anarcosindicalista.

J. Muñoz Congost: Presencia de la C. N. T.

Albert Camus y España.

Jacinto Guerrero Lucas: Sugerencia a Bertrand Russell.

Eugen Relgis: De mi calendario.

Floreal Ocaña: La voluntad libertaria.

Cosme Paules: Armonías.

Marín: El deporte como arte y desarrollo.

Domènec de Bellmunt: No lo olvidemos.

Vicente Artés: Sociedades de Naciones.

La vida y los libros.

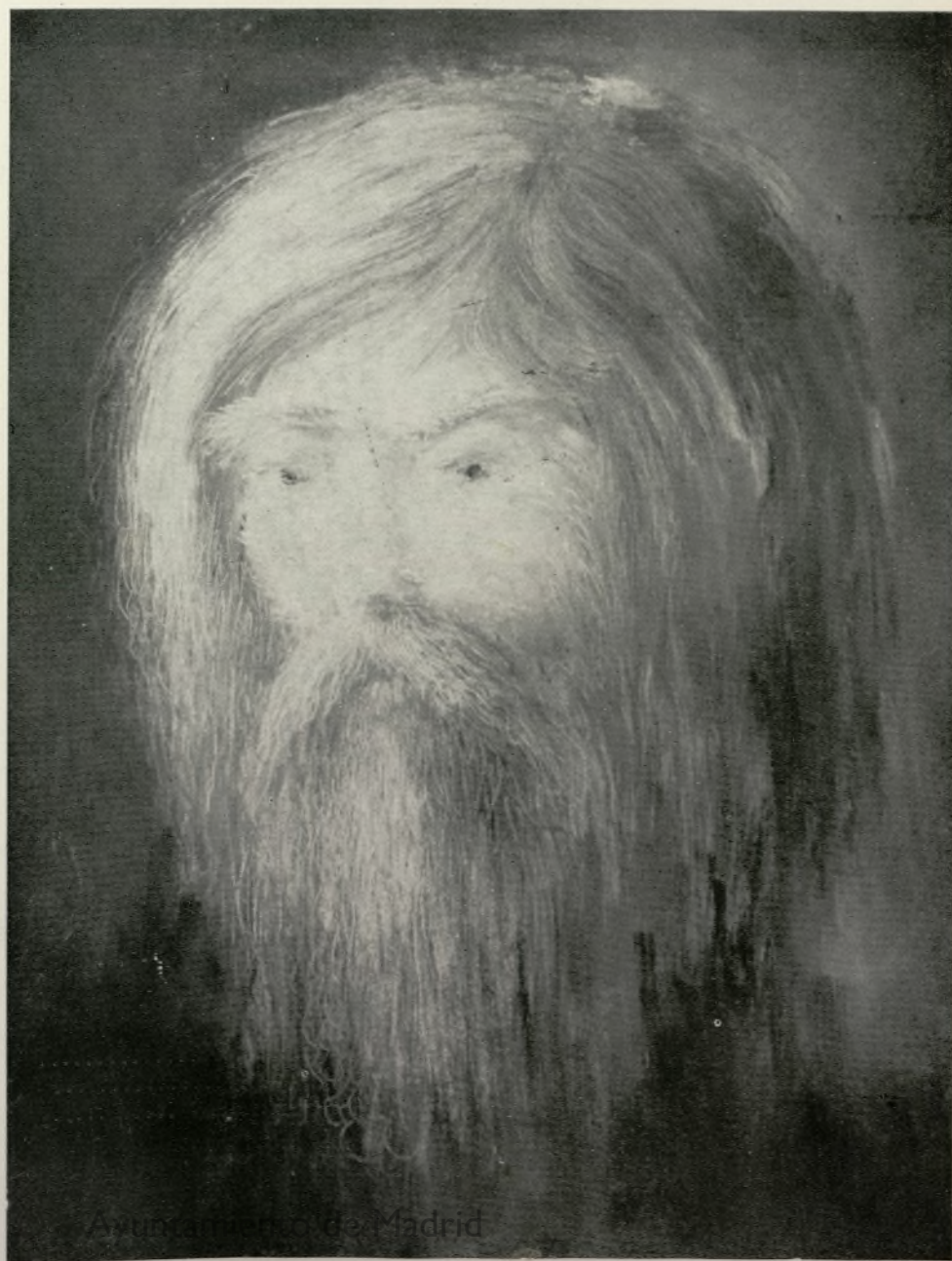
H. Plaja: Una exposición de «Shum».

172

Septiembre - Octubre 1966

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

EL IDEALISTA. El artista «Shum» ha plasmado, con mano maestra, la personalidad singular, llena de humanidad, del idealista. Es el hombre de bien. ¿Intelectuales? Nunca amarga un dulce. Pero sobre todo, y ante todo, hidalgos desprendidos de la inteligencia. La sabiduría debe estar al servicio del bien. Un grano de trigo cosechado por el campesino vale tanto como una pepita del saber ofrecida por el sabio bondadoso y bueno. El hombre de ideas es un ser en activo, sabedor de que su esfuerzo sirve para algo y que aprovecha a alguien. La inteligencia puesta a disposición del mal, no es ciencia ni arte, es utilitaria y egoísta; pura mercancía averiada. Un rostro lleno de meditación, poblado de huellas de dolor y de ternura. Cara de sabio, conciencia de hombre, estilo rebosante de modestia y mirada llena de serenidad contemplativa. El idealista es el verbo del mundo. Cuando sueña, hace caminos; cuando piensa, fabrica estrellas y luceros; cuando sufre, es porque ama. Lleva en sí mismo la luz y la energía que alumbran y mueven al universo del sol a la noche. No está de vuelta de nada porque permanece estrechamente unido al gran todo de la especie humana, de la vida.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esглеas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero. Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aiente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XVI

Toulouse, Septiembre - Octubre 1966

N.º 172

EDITORIAL

LEALTAD Y SINCERIDAD

NADA empequeñece más al hombre que la hipocresía. El miedo a decir la verdad hace que se cometan los mayores disparates. Desde que el maldito Dr. Goebbels, elevó la mentira política a las cumbres del Poder, transformándola en doctrina del Estado totalitario, la doblez ha hecho escuela y no de Humanidades precisamente. Hay quien miente por necesidad. Se dice, incluso, que existen mentiras piadosas que no dañan. El conspirador no miente cuando equivoca al verdugo. Lo que hace es guardar la verdad, como un tesoro, para que no se perverta ni sea agarrotada. Pero muchos mienten por el perverso vicio de mentir. Y lo que sucede es, que no engañan a los demás. Se engañan a sí mismos. Se niegan y traicionan.

¿Por qué estar en error si una verdad se afirma y demuestra? Se impone un nuevo planteamiento de lo humano. Las mentiras más atrevidas brotan de los labios. El engaño nefasto surge también del corazón. ¿Por qué esa insana cobardía moral que consiste en no decir lo que piensa? Ya dijo el demoníaco doctor nazi, que la mentira, cuanto más grande, tiene más posibilidades de ser creída. ¿Será acaso por eso mismo, que las verdades redondas sólo son abrazadas por los hombres sinceros y nobles?

Cultivar la mentira es propio de los débiles de carácter.

Si no se está de acuerdo con una idea determinada lo que procede es abandonarla. No sirve más que el que sirve de verdad. Clarificar las corrientes, sentir las ideas, defender las posiciones, debe ser el cometido primordial de esta hora de ahora. Lo que no es, no puede ser. Y se es, hasta cuando uno se ignora. De la misma manera que no se es, engañándose conciencia adentro. ¿Por qué no ser sinceros cuando nadie nos obliga a mentir? Se comprende perfectamente la actitud de Giordano Bru-

no, teniendo que ocultar su verdad para no ser sacrificado. Y aún se comprende mejor su convicción puesta en el triunfo de la verdad. No se propaga una causa si no se está completamente convencido de que ésta representa la razón. Sólo el error merece ser enmendado. No hay pecado, si se desconoce el pecado. Mas el que yerra a sabiendas no merece indulgencia ni disculpa. La mentira política es la historia del delito de Estado. Y este mundo de intereses nacionalistas disfrazados de ideologías, debe ser desenmascarado. Sólo así triunfará la verdad. Sólo así podremos reencontrar al hombre. ¡Menuda adquisición para una idea!

¡Mentira! Nosotros no somos descontentos de todo ni negamos nada que no merezca ser negado. Sabemos apreciar el valor relativo o fundamental de las cosas. Y vamos a los hechos que no engañan. En el curso de la última guerra mundial, los hombres y los pueblos esperaban una rehabilitación de la auténtica democracia. No ha sido así. La mayoría de ideas que lanzara Abraham Lincoln, han sido citadas centenares de veces por los mejores escritores anarcosindicalistas y reproducidas en la prensa libertaria: «Como no quiero ser esclavo, tampoco quiero ser amo. Ese es mi concepto de la democracia. Toda desviación de tal concepto no importa en qué grado, no es democracia.» ¿Quién de nosotros es capaz de no defender esta idea llena de grandeza moral y humana? Pero, ¿qué mente honrada y limpia puede perdonar, o estar al lado del desaparecido Foster Dulles, del general Eisenhower, o del verdulero Johnson, ese ropavejero de Texas que, llamándose demócrata ensucia y mancha la bandera de la democracia?

Nunca nos hemos declarado leninistas, a pesar de que Lenin se apropiara muchas de las ideas de Bakunin, utilizándolas y deformándolas a su gusto y capricho. Pero sabiendo apreciar la condi-

ción humana, con sus complejos y debilidades, hemos establecido una diferencia entre Lenin y Stalin. No; Balmes no es lo mismo que Loyola, ni San Agustín es Borgia.

No en balde respetamos todas las ideas bien intencionadas, no dejando de combatir sin tregua ni descanso los métodos draconianos que en nombre de falsas ideologías se ponen en circulación. Sinceridad es igual a decencia. Una política de calderilla es puro veneno. Y contra el envenenamiento reinante se impone el vomitivo si queremos curarnos.

Respetamos a los creyentes que no se avergüencen de creer dando pruebas de su fe con obras y ejemplos. Pero estamos en oposición abierta a la hipocresía religiosa y estatal, que corrompen al universo en que habitamos. Maquiavelo ha triunfado en el Vaticano, en la Casa Blanca y en el Kremlin, ya que ha impuesto su precepto: «A los enemigos hay que ensalzarlos o suprimirlos.» Y ésta es la metodología al uso en una época de Tartufos que hacen de los postulados un arsenal de mentiras.

Se ha proclamado la libertad del hombre ante el derecho, y desde los personajes más repugnantes de la democracia actual a los tiranos de todos los pelajes, la ensalzan para suprimirla en seguida. ¿Qué valen los Derechos del Hombre y del Ciudadano; de qué sirve la libertad en un mundo poblado por millones de criaturas inocentes que mueren recomidas por el hambre y la peste? ¿Por qué se afirma que el comunismo de Estado encarna la paz y la convivencia universal, cuando estamos asistiendo a una lucha despiadada y feroz entre comunismos rivales que han degenerado en el peor de los nacionalismos? ¿Pueden hablar de libertad quienes someten al hombre a la más brutal dictadura, con el espejuelo de acabar con unas clases parasitarias mientras fomentan la nueva casta del despotismo que cercena la coexistencia verdadera de las libertades humanas?

Comparar al apóstol José Martí con el demagogo Fidel Castro, supondría tanto como meter en el mismo saco a Gandhi y a Pablo VI. Y esta es la

delimitación de fronteras geográficas y humanas que establecemos los libertarios.

El mundo actual necesita algo más que procesos políticos, jurídicos o morales. El proceso de Nuremberg ha sido la mueca más asquerosa del siglo. Franco ha sido reivindicado por la democracia internacional; goza de la ayuda intensa de Norteamérica; establece relaciones económicas y culturales con la U.R.S.S. y los países del «globo comunista»; hace barcos y cambia productos con el gobierno de Castro. Y es el estadista mimado del Vaticano al día, que, en la noche, sabe poner una vela a Dios y otra al diablo. Sobran las palabras oportunistas, de ocasión; y hacen falta hechos decisivos, actitudes resueltas y sinceras.

Todo lo que se haga con el fin de extirpar el mal nos parece bien, y por mucho que hagamos siempre nos parecerá poco.

Un cuadro maravilloso de Goya, representa la tragedia actual con aguafuertes espantosos. Su título es, «Murió la verdad». Sin embargo, la verdad no ha muerto. Lo que ocurre es que la mentira es la moneda de cambio de este proceso general de las ideas y los hombres. Que cada uno diga a dónde va y qué pretende llevar a cabo. Lealtad y sinceridad por encima de todo. De esta manera podremos saber con quién contamos dentro y fuera de casa. No hay que invertir los términos ni talar los árboles frondosos. El que se haya equivocado de trayectoria que lo diga y que proceda en consecuencia. Quien nos mira con simpatía y nos da su aliento debe incorporarse sin reserva alguna a la lucha por la libertad sin desviaciones.

La verdad sólo es dable a los temperamentos rectos y desprendidos. El verdadero proceso de los hombres libres consiste en saber elegir el camino que nos lleva a la verdad del bien universal, desenraizando las potencias del malestar humano engendrado por la mentira autoritaria. Los caminos están perfectamente trazados y el campo es libre. Que cada uno siga la voz de su conciencia, pero con lealtad y sinceridad. Es lo menos que pueden pedir quienes están dispuestos a darlo todo por los demás.

Los gobiernos y las leyes, en esencia, consisten en restricciones de la libertad, y la libertad es el mayor de los bienes políticos. Los gobiernos no desaparecen por sí mismos y las revoluciones tampoco pueden abolirlos si los pueblos no tienen experiencias para organizar la vida social; es decir, si no saben gobernarse por sí mismos. Nuestro tiempo está lleno de ejemplos que nos demuestran que los gobiernos revolucionarios no son mejores, ni conceden más libertades que las que había en el tiempo prerrevolucionario. Por ello, la centralización política tiene que ser sustituida por organizaciones y asociaciones populares, locales y regionales «ad hoc».

El ideal libertario no es una utopía irrealizable; pero tampoco un regalo del cielo. Se realizará y expandirá en la medida en que el pueblo sepa tomar la organización social con sus propias manos.

Este concepto libertario me parece muy elevado, pero realista al mismo tiempo. No prometáis nada y no alimentéis esperanzas ilusorias. Al contrario, queréis despertar en el pueblo la confianza en sí mismo. Este lenguaje nos hace falta. Acéptenme, compañeros, como uno de los suyos. —
BERTRAND RUSSELL.

TRAYECTORIA Y OBJETIVOS

del movimiento obrero anarcosindicalista

Por **RAMON LIARTE**

El Estado lleva en sí mismo el germen del despotismo. Si vive es porque se hace temer. Crece y se desarrolla debido a la flaqueza humana. De la misma manera que existen millones de hombres que no pueden vivir sin un Dios, las sociedades que abdican de sus derechos se entregan maniatadas en poder del Estado, que es, sin duda, el enemigo número uno del hombre.

Siglo y medio de liberalismo inflamado de declaraciones en favor de la soberanía de la sociedad, sólo ha servido para fortificar el Poder despótico. Un siglo de lucha socialista dedicada a emancipar a los trabajadores de los tentáculos del Estado, nos presenta un balance desastroso: quiebra de los procedimientos socialistas que al Estado han servido, y fortificación de las posiciones estatales que podían haber sido desbordadas. Cuando el Estado agoniza, siempre hay un engreído dispuesto a refortalecer sus estamentos.

La clase obrera estaba llamada a llevar cada día más lejos los avances parciales obtenidos por el liberalismo clásico. Lamentablemente, la realidad es desoladora. Los que tenían el deber de destruir la máquina demoníaca del Estado, no han hecho más que darle fuerza para que prosiga imponiendo sus métodos arbitrarios sobre la sociedad. En el mundo liberal y socialista, de alguna manera hay que llamarlo, el Estado tiene más poderes que en la Roma de los Césares. Ciertamente es que los patricios y señores han pasado a la historia; pero asistimos con nuestra pasividad a consagrar la victoria de la tecnocracia gubernamental y del militante político, así en el campo liberal como socialista.

La trilogía de la decadencia representada por la religión, el capital y el Estado, ha sufrido grandes alteraciones. El poder de la barbarie concentrado en las manos de los conquistadores y los déspotas, fue dominado por el «poder espiritual» que en la religión tiene su origen. Las Iglesias de todas las latitudes ganaron la batalla temporal. Dios pudo más que la espada porque supo forjar tiranos a su imagen y semejanza. Al correr el tiempo, la riqueza acumulada pasó a ser decisiva, hasta llegar a imponer su hegemonía. El capitalismo quiso gobernar y modeló el Estado conforme a sus ambiciones de expansión y predominio. Al entregarse a la política parlamentaria, al tráfico mundial, al ejercicio del poder, al militarismo de nueva casta, el capitalismo liberal no supo intuir que creaba su propia perdición dando vida a una nueva forma de Estado. Y

la ingenuidad de los llamados revolucionarios socialistas lanzó un reto que quiso ser bandera de lucha emancipadora: «Puesto que el Estado es la fuerza, hay que apoderarse del Estado para ser fuertes.» Y fuertes han llegado a ser, no cabe duda, muchos de cuantos así pensaban. Pero ha sido la suya, una fuerza efímera, ya que otra fuerza superior, la del Estado por ellos rehecho, los ha barrido sin el menor remordimiento de conciencia. Ante todo, debemos ser objetivos al analizar los hechos. La religión ha sido dominada por el capitalismo; el dólar ha comprado tabernáculos, iglesias y altares. No obstante, la victoria capitalista ha sido a lo Pírrro, puesto que, al crecer el Estado, como un monstruo gigantesco, se ha hecho dueño y señor de todo lo que sirve a sus intereses y apetencias. Con razón reza un refrán castellano. «Cria cuervos, que te sacarán los ojos».

El jefe del Estado tiene los poderes que le concede el partido gobernante y los que él se toma sin consultar a nadie. Manda el poder político en la máquina administrativa; dirige el potencial militar; pone a su servicio la ciencia y la técnica; hace y deshace por todas partes. No valen equivocaciones al respecto: la sociedad y el Estado son antagónicos. El poder político vive y prospera a costa de todos. De lo dicho se infiere que, hasta en los denominados países democráticos, los organismos locales, comarcales y regionales, no sean influyentes, sino dependientes; las entidades culturales carecen de personalidad determinante, ya que son dirigidas y determinadas; y las organizaciones obreras han pasado a ser miembros del Poder omnipotente y absoluto. El Estado, no hay que engañarse una vez más, no admite división de poderes. No tolera que nadie se inmiscuya en sus asuntos. Establece patente de corso y crea la exclusiva sin tasa ni medida. El Estado moderno es en sí y para sí, el centro en torno del cual gira la existencia terrestre.

En nombre de la ética social, Pedro José Proudhon supo expresar sus ideas con mano maestra diciendo sentencias como éstas: «El Estado hace leyes, tantas como intereses quiere proteger, y como los intereses son innumerables, de aquí que la máquina legislativa tenga que estar trabajando sin descanso. Esa máquina hace llover leyes y ordenanzas sobre el pueblo. El suelo del Estado se hallará bien pronto cubierto de un rimerito de papel, que los geólogos, al hacer la historia de la tierra, designarán con el nombre de formación papirácea.» Puerta estrecha por la cual el que entra no sale;

Ayuntamiento de Madrid

red espesa que envuelve y aprisiona; laberinto de perdición y locura que revienta el cerebro y paraliza los sentidos; tal es el engranaje de la autoridad, medio de oprimir y despojar de lo que pertenece al hombre en particular, y a la sociedad en su totalidad.

El hombre es su propio ser. Es su fin y su vida. Si quiere ser algo, tiene la obligación de protegerse, no confiando sus poderes a manos extrañas. Sus entidades administrativas, sus ideas y querencias debe ponerlas a salvo de todo poder coercitivo. Todas las formas de Estado están contra el hombre; luego el hombre debe luchar contra todas las formas de Estado. Sólo así podrá ser libre en la libertad multiforme y recíproca. La justicia, decía Eltzbacher, exige que el puesto del Estado lo ocupe una convivencia social de los hombres cuya base sea la norma jurídica que prescribe que se cumplan los contratos.» Convivencia creadora y evolutiva que, a nuestro juicio, sólo puede alcanzar sus objetivos en la federación.

LA FEDERACION LIBRE CONTRA EL ESTADO OPRESOR

QUIEREN los estatólatras modernos su-peditarnos al Estado uniforme. La uniformidad es el estado más alejado del orden; es el desorden único. Sólo la diversidad constituye la perfección del Universo en la universal variedad de todo lo que existe para ser y sobrevivir.

Los exégetas del Estado intentan dominar el pensamiento y el sentimiento, la idea y la acción, para sofocar toda emoción humana. El sabio Heráclito ya replicaba en su tiempo a cuantos pretendían establecer la unidad ciega y obtusa. «La diversidad es como una armonía de tensiones opuestas, como la del arco y la lira.» Voluntad de armonía como sentenciara Han Ryner, que no es lo mismo que voluntad de potencia a la manera de Nietzsche. El Estado tritura; la Federación libera. Creemos federaciones libres al margen y contra el Estado para que los hombres conquisten todos sus derechos.

Las unidades locales deben ser libres federándose entre sí. Base de entronque de las comunas son las comarcas independientes que a la región autónoma le ofrecen su cooperación. Las regiones han de tener presente que el Estado nunca les concederá la auténtica autonomía administrativa y funcional, y que su deber es conquistarla dejando de ser satélites del Poder avasallador. El Estado no puede dar más que la que tiene: imposición creciente, violencia insana. No da nada, puesto que lo roba todo. Crece paulatinamente cuando encuentra algunas resistencias; se afirma y consolida de la noche a la mañana cuando nadie obstaculiza su avance, y a medida que echa raíces impone su ley de hierro. Es el nuestro el siglo del triunfo máximo del Estado. ¿Cómo no ha de serlo, si los esclavos, en vez de alzarse contra él, se convierten en sus mejores

servidores? Los espartaquistas murieron a manos de la crueldad de Roma; los revolucionarios al servicio del Estado proletario perecen sin pena ni gloria. ¿Hay muerte más espantosa y estéril que la muerte sin dignidad? Maldita eficacia la de la justificación de unos medios que sólo llevan a un fin: el entierro de los valores morales más justificados. El Estado está contra nosotros y nosotros lo desafiamos porque sabemos que podemos vivir sin él. Y si en la lucha encontramos la muerte, será por haber combatido todo lo que se opone a la convivencia humana. Hay dos estilos de vida: la del esclavo voluntario, o la del esclavo que quiere ser libre. Quien combate por la libertad, en ese mismo instante, ya es un hombre libre. Quien se entrega a la sevicia del poder y lo sirve con mansedumbre y veneración, piense como pensare, siempre será un lacayo con título de militante revolucionario. Hay una compasión que no nos parece razonable: la deificación de la bajeza. Los mejores entre los hombres, los más viriles y clarividentes, se han rebelado contra el absolutismo para no ser funcionarios de la esclavitud, sino defensores de la justicia.

El Estado y el federalismo son incompatibles. La naturaleza de la libertad nada tiene que ver con la artificialidad del autoritarismo. Símbolo de la rapiña legalizada, del robo descarado, de la imposición galopante, es el Estado usurpador de los derechos ajenos. Es el único delincuente que, además de no pasar por la guillotina o el pelotón de ejecución, goza de todos los honores de la débil condición humana. Por el contrario, la federación fomenta la paz social, asegura y protege el racional equilibrio colectivo; fragua en la mente y la conciencia el contrato interno y externo. El federalismo establece la justicia en la libre asociación entre iguales; el Estado incuba la autoridad del fuerte contra el débil, sembrando la guerra por doquier.

Francisco Pi y Margall, supo puntualizar con claridad de estilo y vastos conocimientos el asunto que nos ocupa, afirmando lo siguiente: «El federalismo parte no de la humanidad, sino del hombre. El hombre ve salir por espontáneo y natural desarrollo, la familia, el pueblo, la provincia, la nación, los grupos de naciones; y como no acierta a comprender que las colectividades no participen de la naturaleza e índole esencial de los elementos que la constituyen, viendo autónomo al individuo, reconoce y declara autónomas las provincias y el municipio, y autónoma cada una por derecho propio. No deja ni al municipio ni a la provincia a merced del Estado, como el unitarismo; los quiere dirigidos por poderes que ellos mismos elijan, no por poderes que deban a la nación su origen. De la nación entiendo que emanan los poderes nacionales; pero de la provincia los provinciales y del municipio los municipales. Niega al Estado aún el derecho de intervenir en el régimen interior de las provincias y los pueblos.»

El Estado absorbe la división territorial, pues que nacido de la avaricia, hace suyo todo cuanto encuentra a su paso; desintegra el principio natural de federación para instalar un imperio nacional supeditado a sus fines. Quienes creyeron que el

«Estado proletario» podía llevar a cabo la verdadera revolución, hoy pueden comprobar, a la vista de los acontecimientos mundiales, que el Estado ha descompuesto la revolución, embebiendo a los revolucionarios, como una esponja marina embebe una gota de agua. La lucha contra la autoridad es eterna y no morirá sino con el último de los hombres que luchan incansablemente contra el mal.

Sólo en la división de poderes, en la descentralización administrativa, en la planificación técnica de base municipal asociada científica y moralmente, es decir, en el sindicalismo socialmente libertario, puede hallar la revolución de la clase obrera su cauce anchuroso y fecundo. Los partidarios de la eficacia del procedimiento en provecho de los medios y los fines, han de reconocer su derrota, so pena de que hayan nacido para ser eternos derrotados sin salvación posible. Están en pleno fin de los medios sin haber logrado consolidar las ideas por las cuales decían luchar. El tiempo de su historia no está hecho con el pensamiento de sus postulados. Cabe reconocer que el enemigo de clase no hubiese hecho un trabajo más corrosivo y demoleador contra la causa por ellos postulada. ¿Habría locura mayor que la del esclavo que venera las cadenas que le oprimen, la del proletario forjando su propia destrucción, o la del revolucionario que salva al despotismo contra el que decía luchar, convirtiéndose en tirano y déspota de su propia doctrina? El unitarismo contemporáneo ha concentrado el proceso político-administrativo a cargo del Estado, asestando un rudo golpe a la libertad. No dejamos de consignar que el Estado liberal ha liberado a las clases explotadoras; tampoco negamos que el Estado proletario ha ensanchado el radio de expansión de la nueva casta dirigente, mas la realidad es que los pueblos continúan sojuzgados porque la revolución social, popular y multitudinaria, ha sido traicionada. Sólo la federación concebida por Proudhon y Pi y Margall, está capacitada para sacudirse el yugo del despotismo centralista, creando las organizaciones del trabajo responsable para administrarse a sí mismas. Una revolución que traiciona sus propias ideas no merece ningún sacrificio, ya que no representa la libertad de los inocentes, sino el exterminio de los justos.

HACIA UN NUEVO COMIENZO

El período de transición que atraviesa el mundo actual tiene causas profundas que deben ser examinadas detenidamente. Las dos guerras mundiales sucedidas en este siglo de confusión y mutaciones; el nacimiento del Estado totalitario, apoderándose de las naciones más fuertes de cuatro continentes; la pugna desgarradora entre nacionalismos llamados de clase, que incluso dicen obedecer a una misma disciplina política, han cegado las fuentes del entendimiento, impidiendo el brote de nuevas ideas generosas. Estas causas desastrosas han conducido a los hombres y los pueblos hacia un embrutecimiento general. Los con-

ceptos éticos han sido sacrificados en aras a la violencia impuesta por los nuevos detentadores del poder. Es la que actualmente padecemos una fase de cambios que ha hecho ciscos las relaciones sociales y humanas. No es un hecho nuevo. La desviación moral crea crisis espantosas.

Los movimientos obreros de inspiración revolucionaria han perdido valores a toda prueba. Son huecos que no se llenan por arte de magia y encantamiento. La misma crisis colectiva que padece la humanidad, se manifiesta de rechazo en las organizaciones más desprendidas y altruistas. El desequilibrio reinante provoca luchas intestinas, engendra la desconfianza y divide a los hombres. De la miseria, salvo raras excepciones que por ser pocas no cuentan, sólo brota la miseria. El movimiento revolucionario debe fortalecerse superando esta larga etapa de decadencia.

Rudolf Rocker, el sociólogo más eminente de nuestro tiempo, nos ofrece su criterio acerca de la postración general. Ahí van sus meditaciones: «En tiempos normales hay una cooperación natural entre los hombres de diferentes edades. Tenemos una juventud con sus grandes esperanzas y su típico entusiasmo; hay hombres más maduros que ya han recogido preciosas experiencias; y hay los veteranos que han vivido diferentes fases del movimiento, luchando bajo distintas condiciones. La relación entre ellos produce una atmósfera sana y estimulante que es muy decisiva para la evolución de las nuevas energías espirituales del movimiento.»

La nueva generación ha sido deformada por la guerra, y hay que reconocer sus méritos cuando busca una orientación segura y firme. La juventud troquelada en los talleres totalitarios sólo ha conocido los «slogans» estatales, sancionados e impuestos por el poder político. No culpemos a los recién llegados de los males que nos dejaron los extravíos pasados. Pero lo triste del caso es, que, hay quien se empeña en torturarse y en no dejar vivir a los demás. Los fracasos ajenos los considera fracasos propios; la crisis de los otros la estima y cataloga como crisis suya, o lo que es peor: de los que fueron suyos ayer. Esa inclinación desalentadora es puramente masoquista. Nada tiene de «voluntad de armonía» ni de «voluntad de potencia». Y mucho menos de voluntad de ser. Y puesto que todo quisque cita y menciona al maestro Rocker, suyas son estas palabras de aliento que deben estimularnos a todos: «Pero tanto más deberíamos alegrarnos de que durante los últimos años, en todas partes, y no solamente en nuestros medios, sino también en el seno de muchos otros movimientos y hasta profundamente en las filas de la socialdemocracia y el socialismo, se manifiestan nuevas ideas para comprender la nueva situación y se realizan esfuerzos para encontrar medios y caminos susceptibles de hacer posible un renacimiento de la vida espiritual y social. Precisamente este fenómeno prometedor no es ningún síntoma de crisis, sino un síntoma de salud interior que abre el camino hacia nuevos conceptos que son frutos de las experiencias vividas.»

Necesario es que en esta fase de prueba y sanción mantengamos firme la voluntad. El revolucionario consciente no lo cifra todo en un juego de azar, o de gana y pierde. Sabe que su conquista futura no se alcanza en un día. O digámoslo con la fuerza polémica de Alberto Camus: «...la revolución sin más límites que la eficacia histórica significa la servidumbre sin límites.» Y ni que decir tiene que nosotros no podemos ser siervos de ningún proceso histórico. La revolución necesita tiempo y demanda espacio. Es un trabajo tenaz y prodigioso que pretende abarcar desde el hombre al universo.

El anarcosindicalismo es una doctrina experimental. Tiene en cuenta los hechos y las cosas. Es ciencia porque propende a descubrir lo mejor; es técnica porque desea ahorrar energías en el proceso creador y laborioso. Y ante todo, es una moral hecha vida de tensiones armónicas. Conviene, pues, que teniendo en cuenta la relatividad de todo lo que nos rodea, la naturaleza misma que no es estática, sino transformadora, no caigamos en las ideas absolutas, que son la negación de la doctrina. Toda exageración está mal fundada. Nuestros maestros han sido hombres de un equilibrio interior y exterior a toda prueba. Lógico es que nosotros no exageremos la nota rompiendo inconscientemente la ordenación de ideas y valores que reclaman la estabilidad, hija de la comprensión. La concepción de los límites no impide ningún acto nuevo y generoso; pero enseña a no sobrepasar ciertos puntos de conexión comunitaria que rigen la vida social. Todo tiene una medida, y el anarquismo es conocimiento. Quien conoce y se conoce, no puede desconocer nada que merezca ser conocido.

Hemos dicho que el Estado es el enemigo número uno del hombre y tenemos motivos sobrados para hacer esta afirmación. Sin embargo, justo es reconocer que no todos los gobernantes son iguales aunque merezcan ser combatidos con distintos procedimientos. El Estado político de la India, Israel, México y otros países, difiere del Estado nazifascista o comunista totalitario. Los Estados Unidos de Norteamérica tienen mucho que aprender de los países escandinavos. Indira Gandhi nada tiene de común con el sátrapa ferrolano, ni la historia política de un Pi y Margall, por ejemplo, se parece como una gota de agua a otra gota de agua, a la historia de un Stalin, Hitler o cualquier aventurero de turno. Se ha dicho que «el mejor gobierno es el que menos gobierna», y es ésta una idea de alto sentido común. Agregaremos que luchamos para que la sociedad se oriente y administre a sí misma. Mientras no se alcance este propósito noble y bienhechor, lucharemos contra toda amenaza a la libertad, afincando el derecho a la justicia. El arte y la ciencia tienen su propia medida. La revolución está presidida por un orden. Un orden nuevo, dentro de una sociedad más perfecta y más libre, es el ideal de justicia que el anarcosindicalismo quiere establecer sobre la tierra. Ese orden es la federación.

CAPACIDAD Y SENTIDO DE CREACION

EL movimiento libertario mundial debe salir nuevamente a la palestra, levantando voz y bandera contra el conformismo reinante. En ningún momento podemos hacer nada que contribuya a fortalecer el Estado, puesto que sabemos es un instrumento opresor dirigido por las clases dominantes; mas tenemos la obligación de hacer todo lo que sea posible en defensa de nuestros objetivos y finalidades. Hay que salir de casa llevando la buenaventura a todas partes. Existe una línea divisoria entre los partidarios del Estado y los fervientes defensores de la Federación.

Son muchos los que están más que de vuelta de las concepciones totalitarias. Nuevas inquietudes se van formando en la conciencia humana. Debemos y podemos entendernos con cuantos honradamente luchan por la libertad. Entre los verdaderos liberales y los libertarios existen muchos puntos de coincidencia. Una misma posición de defensa nos une; una lucha común perfectamente planteada ha de agruparnos. En los medios obreros e intelectuales del mundo late una aspiración justiciera: acabar con el presente estado de cosas. El anarcosindicalismo militante tiene grandes reservas morales y doctrinales para propiciar este nuevo renacimiento.

Somos sindicalistas revolucionarios. Queremos la unión de los explotados, de todos los hombres sedientos de libertad, y a esta lucha debemos aplicarnos afanosamente. Si se nos pregunta una vez más: «¿Sois socialistas?» Responderemos concretamente: sí, mas no de partido, sino de proyección antiautoritaria y contenido universal.

Luchamos para garantizar el bienestar personal en el amplio campo del esfuerzo manual e intelectual asociado, de la federación libre, de las organizaciones del trabajo responsable y determinante. Queremos la manumisión de los seres humanos en el seno de los grupos naturales. El hombre generoso y altruista contra el imperio de las masas domesticadas por el Poder político; el municipio libre de toda tutela gubernamental contra el Estado que representa la sumisión sin límites; la sociedad federada contra la oligarquía capitalista o estatal.

El anarcosindicalismo debe replantear la lucha contra los Estados nacionales soberanos, proponiendo un proyecto de federación europea, independiente del vasallaje uniforme y cuadriculado. Tenemos la obligación de formular nuestros puntos de vista actuales sobre la gran federación mundial, precisando que los poderes centrales sólo conducen al poder central. Importa demostrar que la ciencia y la técnica deben estar al servicio del hombre; que la cultura y el arte no necesitan de comisarios ni de inquisidores; que los sindicatos obreros deben volver a ser el vehículo de la revolución social y no miembros supeditados a las consignas de Estado; que los hombres son capaces de vivir en armonía y los pueblos en paz, rompiendo la férrea disciplina de las dictaduras; que las contradicciones políticas pueden ser resueltas mediante una cooperación económica y social basada en el socialismo y la liber-

tad; que el mito de las soberanías nacionales debe ser suplantado por el contrato libre de los pueblos autónomos; que nuestro planeta no debe estar dividido en vencedores y vencidos; que lo que importa es acabar con todas las clases parasitarias y anti-económicas para crear el entendimiento de toda la especie humana; que el hombre puede vivir sin el Estado y no el Estado sin el hombre; que la guerra moderna supone, además de un estado de barbarie, la destrucción de nuestro planeta; que las reservas acumuladas deben convertirse en ayuda de los países rezagados; que el principio de solidaridad social, científico-técnico y moral tiene una posibilidad de realización; en una palabra, que sólo trabajando podemos hacer obra.

Hay que desempolvar tesoros éticos, unir a los hombres de buena voluntad y trazar planes federalistas que puedan ser transformados en hechos tangibles y positivos para todos. Para acabar con el Estado urge crear una sociedad libre, alentando todas las formas variadas y múltiples que desemboquen en la justicia social. Pluralidad y variedad contra uniformidad y unitarismo. En este nuevo combate aún podemos tener a nuestro lado a los más aptos y a los mejores, si tenemos en cuenta que el error debe ser disculpado y la verdad reconocida.

Lejos de nosotros está la intención de combatir a los que no piensan como los libertarios. No protestamos por sistema, sino por justicia. Tampoco pretendemos demostrar que estamos en posesión de la verdad absoluta. Desde hace más de veinte siglos todo está en plan de revisión y análisis. Pero sin soberbia vana ni fanatismo ciego, estamos en condiciones de afirmar que la gran experiencia española ha puesto de relieve que mediante la sociali-

zación de los campos, fábricas y talleres, de los medios de transporte y de los efectivos técnico-científicos, el pueblo puede establecer el socialismo libertario, haciendo posible que lo que hoy se considera una utopía, mañana sea una realidad.

Un pueblo gallardo y emprendedor ha dado la pauta a seguir. La construcción del socialismo con libertad puede hacerse sin decretos de Estado, sin leyes legisladas por el parlamento, sin ordenanzas que lo limitan y deforman. La sabiduría del pueblo español consagró los postulados anarcosindicalistas. El movimiento libertario no ha fracasado; ha salido victorioso de la gran prueba. Todo intento político que pretenda desconocer la creación popular de 1936 a 1939, está condenado al fracaso. Si Europa y el mundo quieren salvarse no tienen más que dos caminos a recorrer: el de la federación mundial o el del exterminio completo.

Quien da primas al agresor o se pasa con armas y bagajes al campo del enemigo está incapacitado para participar en las nuevas creaciones que se avecinan. Esta época de crisis y abatimiento universal será superada, como lo fueron otras crisis anteriores. El oficio de ser un hombre es uno de los más difíciles de aprender. Sigamos las huellas trazadas por los que nunca dejaron de ser hombres de ideas.

El hombre lucha. La idea vive. La organización se nutre de las ideas y los hombres. Al razonamiento metafísico del dios absurdo y a la sociología del Estado omnipotente, nosotros oponemos la doctrina de la libertad y el redescubrimiento del hombre. El porvenir se forja luchando en el presente.

ENSIMISMAMIENTO Y ALTERACION

La vida de cada uno de nosotros es algo que no nos es dado hecho, regalado, sino algo que hay que hacer. La vida da mucho quehacer, pero además no es sino ese quehacer que da a cada cual, y un quehacer, repito, no es una cosa, sino algo activo, en un sentido que trasciende todos los demás. Porque en el caso de los demás seres se supone que alguien o algo que ya es, actúa; pero aquí se trata de que precisamente para ser hay que actuar, que no se es sino esa actuación. El hombre, quiera o no, tiene que hacerse a sí mismo, autofabricarse. Esta última expresión no es del todo inoportuna. Ella subraya que el hombre, en la raíz misma de su esencia, se encuentra antes que en ninguna otra, en la actuación del técnico. Para el hombre, vivir es, desde luego, y antes que otra cosa, esforzarse en que haya lo que aún hay; a saber, él, él mismo, aprovechando para ello lo que hay; en suma, «es» producción. Con esto quiero decir que la vida no es fundamentalmente como tantos siglos han creído: contemplación, pensamiento, teoría. No; es producción, fabricación, y sólo porque éstas lo exigen; por lo tanto, después, y no antes, es pensamiento, teoría y ciencia. Vivir..., es decir, hallar los medios para realizar el programa que se es. El mundo, la circunstancia, se presenta desde luego como primera materia y como posible máquina. — J. ORTEGA Y GASSET.

Presencia de la C.N.T.

Por J. MUÑOZ CONGOST

LA C. N. T., de vieja historia y de acción inspirada en los principios del anarcosindicalismo, ésa que algunos, haciendo juego a los teóricos de todas las nuevas teorías sociales, de las que hablaremos, califican de anacrónica y en desuso, cuando sólo un abordar de sus teorías se vio en nuestra revolución.

Es cierto que nuestro exilio es duro y que 27 años han podido hacer reflexionar a muchos en la inacción y en el deseo de realizaciones. Pero lo inconcebible es que la reflexión haya sido negativa.

Sin negar errores, propios del hombre, no se puede concebir que en el seno de nuestras mismas filas, se proponga de nuevo de manera clara, abandonar nuestra apelación de anarquistas o anarcosindicalistas, «coco» de las especies zoológicas del capitalismo.

No podemos cambiar nuestras apelaciones sin cambiar el ideario y las convicciones que forman parte de nuestro propio ser. Somos revolucionarios por convicción y no sólo por reconocer la necesidad de unas reivindicaciones materiales, sino porque en el conflicto histórico entre el hombre libre y la coacción restrictiva de la autoridad, hemos visto fracasar una a una todas las soluciones económicas y sociales que se han venido proponiendo para resolver las facetas progresivas de las crisis de convivencia humana.

Revolucionarios internacionalmente, cuanto más si nos ceñimos a los problemas candentes que afectan a nuestro pueblo mismo, a los pueblos del conjunto ibérico que la historia oficial pretendió siempre reunir en un conjunto monolítico que llaman España.

Y hemos de constatar con tristeza la paradoja de que alguien en nombre de la defensa de los intereses de esos pueblos y de nuestras ideas lleguen a afirmar cándidamente que los motivos de la revolución integral y permanente que preconizamos, dejaron de serlo, al tiempo que otros, en nombre de otras ideas y de otros principios, afirman la necesidad absoluta de la revolución para resolver la crisis española.

Queremos concebir y comprender que es grande el deseo común de nuestro pueblo de abandonar la carreta infamante de los servidores del fascismo hoy disfrazados, de los pretorianos del triste ejército de África, de los que cedieron los destinos del país, sumándose de manera gregaria, como rebaño,

ayer a los criminales del Eje Roma-Berlín, hoy a los defensores de todos los privilegios de razas, de clase, del oro, del capitalismo en desbandada, que son los políticos estadounidenses.

Queremos llegar a hacernos a la idea de que son tantos los deseos de ver libre a nuestro país, que se propongan para ello todas las concesiones, todos los sacrificios.

Sin embargo, a los que tal posición adoptan, hemos de recordarles con la rudeza de nuestro lenguaje, que durante el período 1936-1939, el **slogan** que se hizo estandarte de lucha confederal: «Renunciamos a todo menos a la victoria», nos llevó paulatinamente — no sin resistencias, confesémoslo — a todas las renunciaciones y por ende a renunciar a la misma victoria desde el primer momento.

Porque si el 19 de julio de 1936, vio la hecatombe del Estado en todas sus formas, como pudimos verificar, para ver un pueblo en armas defender su porvenir frente a la cohorte trágica de las falanges de la reacción histórica, si seguidamente el mismo pueblo quiso y pudo, poner en marcha una economía abandonada por cómplices del «pronunciamiento», y ver la calle de España reemplazar sin reglamentos, jurisdicciones ni leyes escritas, de la noche a la mañana, a los estamentos artificiales del Estado, el argumento de pretendidas ayudas externas que sólo fueron comercio, complacencia o maniobra política, nos hizo abandonar paso a paso en los 33 meses de lucha, las realizaciones sociales para dejar salir a la vida pública, día a día, las fuerzas timoratas que en los momentos del combate en las barricadas, escondieron en lo más sombrío de sus cavernas.

Y de ceder el paso a la democracia representativa, representó la puesta en marcha de viejas instituciones. Renunciando a la revolución, renunciábamos a la victoria, porque a los hombres del Cuartel de la Montaña y de Atarazanas, los reemplazábamos por aquellos que hicieron todo lo posible en esos días para llegar a un arreglo con los sublevados, dispuestos a ceder y conceder cuanto fuere posible, despreciando el esfuerzo heroico de los hombres de la barricada, a los que preferían, como prefirieron y siguen prefiriendo, las sombras muertas de las mal llamadas fuerzas del orden y de la moral, llámese cristiana, o llámese como se llame.

Porque en aquel entonces de haber escuchado hombres como Mola, las proposiciones del en aquellos días representante del Estado Republicano Don Diego Martínez Barrio, la coalición se hubiese realizado, entre los sublevados y los hombres de la legalidad republicana contra el pueblo.

Y precisamente por la lección de esos largos meses de lucha enconada cuyos verdaderos orígenes falseó la historia oficial del franquismo, mantenemos hoy una posición que algunos pueden calificar de intransigente.

Porque pueden ser grandes, inmensos los deseos de ver a España desembarazada de la monstruosidad institucional del Estado franquista; pueden ser inconmensurables las aspiraciones de paz de todos los españoles, pero en nombre de esos deseos, de esa necesidad que no discutimos, aceptar la participación y la presencia de los que fueron factores mismos del crimen contra todo un pueblo, sería dar prueba de infantilismo, de miopía, de ceguera social.

Porque devolver a España una fachada más o menos democrática, con la supervivencia de todas las cabezas de la hidra monstruosa que la mantuvo en la más gris de las miserias, será condenar a nuestro pueblo, a las nuevas generaciones, a nuestros hijos, a los hijos de nuestros hijos, al retorno periódico de los «pronunciamientos militares», de la guerra civil, cada vez que las necesidades perentorias de la evolución exigiesen medidas de realizaciones sociales que irían necesariamente contra los intereses de los supervivientes.

No ya pues por deseo de desquite, ni aun de justicia responsable por los crímenes cometidos. Aun olvidando el pasado con todos sus crímenes. Aun haciendo borrón y cuenta nueva, cara al porvenir, para garantizar a éste, para asegurar al lado de la libertad una existencia digna a los pueblos de España, hemos de mantenernos en una posición firme, a trueque de parecer intransigentes ante todo un pueblo desgarrado por la tragedia.

Porque esa intransigencia de nuestra posición, que no puede admitir concesión alguna a los cómplices arrepentidos de su «cruzada», hombres de un arrepentimiento que no borra la sangre vertida, porque esas concesiones suponen supervivencia de fuerzas de reacción viva.

Representan dar vigor y legalidad a quienes se opondrán en todo momento a las realizaciones revolucionarias absolutamente necesarias para resolver la crisis ibérica.

¿Habremos acaso resuelto todos los problemas del porvenir español con un solo cambio de instituciones?

El remozamiento de nuestra industria, el problema del campo español, la miseria de un campesinado errante de región en región y de nación en nación hoy, alejar de la miseria de los suburbios ciudadanos habitados por una masa de parias, subproletariado avergonzante, no se resuelven sin una redistribución de la riqueza, sin una transformación social total y permanente, sin nuevas normas de convivencia que solo nuestra revolución puede dar.

A esas transformaciones se opondrán con todas sus fuerzas, esos mismos a quienes hoy se quiere dar personalidad y presencia como factores de oposición al franquismo. Y puede que lo sean hoy momentáneamente. Pero ayer, hoy y mañana serán factores de oposición continua e ininterrumpida a toda reivindicación que limite sus privilegios históricos.

Y estamos absolutamente seguros que en su oposición a esas reivindicaciones que son normales, indispensables, absolutamente necesarias para dar fin a la crisis española, llegarán a todos los extremos como llegaron en julio de 1936.

¿Y en nombre de esa paz que se nos dice que desean todos los españoles de hoy, hemos de condenar a los de mañana a vivir en permanente repetición, al estallido periódico de conjuras militares, de conspiraciones de sacristía, de levantamiento de fuerzas mercenarias?

En nombre de la C.N.T. tendremos que decir ¡No! con esa negación rotunda que lleva toda la fuerza de nuestra convicción. Si hay que sacrificar la generación presente para augurar el bienestar digno de nuestros hijos, de las futuras generaciones, habrá que hacerlo, mal que nos pese, por mucho que nos duela en nuestro egoísmo personal o colectivo, desgarrando quizás nuestras ilusiones.

Y si no lo hiciéramos así, no seríamos lo que somos. No podríamos presentarnos ante nosotros mismos, ante la historia de los pueblos, no la historia oficial, sino la del progreso evolutivo humano, con la frente alta, con la satisfacción y el orgullo de saber, que venciendo todas las fuerzas inertes de lo acomodaticio, supimos cumplir la misión revolucionaria de unas ideas, bajo las cuales dijimos agruparnos.

Respetamos y comprendemos todas las posiciones. Aceptamos el hecho de que en el combate social permanente, las fuerzas que se encuentran frente a la revolución tomen sus propias posiciones, es natural, como es lógico dentro de su lógica egoísta, que defiendan sus intereses. Lo ilógico, antinatural e incomprensible es que nosotros podamos suponer que una colaboración pueda establecerse entre ellos y nosotros. Es aún posible que el fragor de la lucha nos encuentre codo a codo frente a nuestro enemigo de siempre, su enemigo momentáneo de hoy. Lo que no puede ser posible, es que se nos pida ningún compromiso que pudiera anular nuestra propia acción. Que se nos pida renunciemos a nuestra personalidad, en nombre de la personalidad híbrida de una pretendida coalición de bases falsas y de vida efímera.

Por formación, por características sociales y humanas, el pueblo español, no siente en su fuero interno doctrinas extrañas que entrañen una dejación de su personalidad.

No fue un hecho fortuito ni accidental, el que la mayoría aplastante del pueblo español, el que la fuerza determinante del mismo, lo constituyan siempre dos organizaciones clásicas del sindicalismo español, la C.N.T. y la U.G.T.

No fue tampoco resultado del azar, el que en los momentos de crisis sociales de su historia, el Esta-

do estallase hecho trizas, y que la presencia del país en acción fuese cristalizada a través de las municipalidades. Porque sólo aquellas municipalidades salidas de la voluntad de lucha, como son los sindicatos, cristalizan la voluntad de intervención directa en la vida social que sienten los hombres de España.

No fue tampoco un hecho incidental y sin importancia, el que las ideas bakuninistas encontraran en nuestro país un eco como el que encontraron. Si fue así, es porque las mismas respondían y responden a las aspiraciones de los pueblos peninsulares. Y por responder a esas aspiraciones, la C.N.T. fue lo que fue y es lo que es hoy: la idea y la acción en que se cristalizan todas las facetas sociales, políticas y económicas de la Revolución a que aspiran los hijos de España.

Conscientes de esta realidad, ¿cuál ha de ser la posición responsable de la militancia confederal?

La permanencia de nuestra organización, garantía de la lucha por la libertad y la emancipación social dentro de la dignidad.

Pero todo ello, siempre y cuando la C.N.T. siga respondiendo a los principios que la animaron, y que no renuncie a las tácticas de acción directa. Tácticas quizá mal comprendidas por quienes en su deseo sincero de permanente renovación, — y sólo me refiero a quienes estén animados de ese deseo sincero —, pueden creer erróneamente que los acontecimientos sobrepasaron las modalidades de la acción revolucionaria del anarcosindicalismo.

Porque las tácticas de acción directa, no implican otra limitación que la de no colaboración con el poder político, con el Estado, ni con las fuerzas representativas del capitalismo privado o de Estado.

Negando nuestra presencia en ningún organismo oficial de Estado, porque nuestro no reconocimiento del mismo se hará en las razones de la imposibilidad de colaboración con el mismo, nuestra acción puede encontrar un vasto campo de acción revolucionaria. ¿En qué pues los acontecimientos, se avanzaron sobre estas tácticas que responden al más amplio de los idearios?

Hay quien pretende, en la rebusca huera de argumentos que apoyen ese deseo impreciso de renovación, que no nos encontramos en presencia de las mismas circunstancias que hace 25 años, que si la C.N.T. fue fuerza determinante no sabemos si lo es hoy que los años no pasaron en balde, y que en las nuevas generaciones de cenetistas del interior puede existir visión distinta de los problemas.

Tampoco lo negaremos. Pero que no se niegue a la vez la presencia permanente de una militancia convencida, que se forjó en horas tristes de acción clandestina y que por la fuerza de los años, es hoy fuerza de experiencia y razón, y sobre todo a la militancia que vivió en plena juventud, la gesta heroica de un pueblo luchando por su libertad. Aquellas J.J. Libertarias de 1936 a 1939, hombres maduros hay, militancia que si vivió la experiencia en pleno entusiasmo, maduró en las acciones de la clandestinidad y en las amargas lecciones de exilio. Y a esta militancia, de la que formo parte, me dirijo hoy para decirles: Nosotros que vivimos la

experiencia revolucionaria y que sufrimos del embate furioso para defenderla contra la osadía creciente de los sostenedores del Estado. Nosotros que constatamos con dolor en el alma, que las concesiones fueron la base del fracaso, que conocimos la doblez de la acción política y el tira y afloja de un juego inmundo de ambiciones.

Nosotros, tenemos que ser base y punto de partida de todas las etapas de la lucha, motor vigorizador, ariete de la acción cenetista, bastión de sus principios, de sus tácticas, de sus intereses que son los intereses del pueblo español, firmes en nuestras posiciones de combate ideológico y no consentiremos que se adulteren las principios y tácticas de nuestra organización, que se falsee la revolución, que no se pretenda jugar con el nombre de nuestra C.N.T., aquella C.N.T. de los Lorenzo, Seguí, Ascaso, Durruti, la C.N.T. de los luchadores silenciosos, de los hombres de la calle, de los Sabaté y otros, la C.N.T. de las barricadas y de las colectividades y de las socializaciones, la C.N.T. sección española de la A.I.T., la C.N.T. de la acción revolucionaria, que no sabe de debates dialécticos ni de finezas de lenguaje, ni de torneos oratorios, que sólo conoce el sacrificio, la abnegación, la renuncia de sí mismo, para no renunciar a nada más, y menos que a nada a sus objetivos revolucionarios.

A esa generación pues, base vital de la Confederación corresponde pues la más penosa de las misiones y por dicha razón, la C.N.T. les dice con el alma entera puesta en el llamamiento: Si cada renuncia ideológica o táctica es un paso atrás en la marcha revolucionaria, sabed que la lucha será violenta, el embate duro y el obstáculo casi infranqueable. Pie firme pues y voluntad unánimemente dispuesta, garantías únicas de superación permanente de nuestro Movimiento y obligación militante ineludible.

Sabemos que esa base militante no fallará en su misión y que de ella partirá la sola acción capaz de proseguir una lucha que no será fácil aún y después de la terminación del franquismo.

Si hay que recomenzar, recomenzaremos. Si hay que partir a cero, de cero partiremos. Desde la base de nuestros sindicatos, en silencio o con estruendo, con o sin posibilidades, pero sin negación de un solo punto de la idea. Si la C.N.T. negara su historia, o su razón de ser, negándose a sí misma, dejaría de ser la C.N.T. para incorporarse a la masa informe de los sindicatos claudicantes que hoy quieren forzar su voluntad.

Y la C.N.T. no puede negarse, porque para evitarlo, estará presente a toda hora de la lucha, esa generación militante, que si supo responder ayer, sabe responder hoy y sabrá responder mañana.

..

No faltará quien piense ante esta afirmación nítida de posiciones, que con esta actitud se dificulta la posibilidad de una acción conjunta del antifranquismo español, para derrocar al régimen. Y eso tampoco es razón ni argumento valedero que puede resistir a la verdad de nuestra acción.

A través de la historia de nuestra Organización exilada como de la del Interior, son numerosas las

llamadas e intentos de nuestra C.N.T. para llegar a una acción conjunta de las fuerzas antifascistas con vistas al derrocamiento del franquismo.

Si no existiera la Alianza Sindical, podríamos decir que el resultado sería un cero absoluto.

Se han constituido organismos, órganos y organillos que pretendieron aglutinar todas las voluntades en formaciones híbridas de programa e intenciones.

Se ha llegado a la constitución de organismos de Alianza entre los partidos políticos sin la presencia de la C.N.T.

Y ello ¿por qué? Por que la idea motriz de esas alianzas y uniones, más que de la acción liberadora, a la necesidad de asegurar las posiciones ulteriores. Es decir en el claro lenguaje de los refranes españoles, porque lo más importante era repartirse la piel del oso, sin pensar en quien debería matar la fiera.

Por ello se ha considerado siempre un impedimento a la acción conjunta con la C.N.T., el hecho de que nosotros no admitimos ningún compromiso posterior a la liberación. Por que la C.N.T. considera que nada hay de común en las líneas de acción de los partidos políticos y de ella, fuera de un objetivo único: el derrocamiento del franquismo.

Y como es lógico, las organizaciones políticas, antes de realizar un solo paso, necesitan asegurar su supervivencia, garantizar el beneficio y la utilización de los resultados del combate.

Es para ellos fundamental, el respeto a instituciones forjadas en el papel por los dirigentes. Y es para nosotros absolutamente necesaria la libertad de acción para que el pueblo español manifieste su voluntad, no en referendums ni consultas electorales amañadas siempre y adulteradas por reglamentos legislados para ello, sino su voluntad en la calle, en los lugares de trabajo.

Por ello decimos, queden libres Partidos y Organizaciones al día siguiente de la liberación para organizar cuanto quieran, pero no pidan a la C.N.T. sumisión y acatamiento, que ésta no acepta para nadie ni con nadie.

Se dijo de Bakunín, durante su intervención, en uno de los muchos movimientos revolucionarios en que intervino: Este hombre es magnífico para la revolución, pero había que matarle al día siguiente del triunfo de ésta.

Y esto es lo que se pretende de la Confederación. Su aportación al combate liberador, su anulación al terminar éste. Al no aceptar tales condiciones, la acción conjunta con nuestra organización representa un peligro para las aspiraciones de poder democrático-burgués. Razón por la cual se prefiere el acercamiento a todas las fuerzas de tinte y color turbios que surgen hoy con la complacencia del régimen, para preparar la combinación política que de apariencias de liberación.

Dispuestos a que continúen en pie las instituciones, con sus lacias, defectos, con todo lo de hoy, en inmenso abrazo de Vergara que condena a nuestro pueblo a futuras y funestas luchas.

Esa sí que es posición egoísta, solución de momento a la que se acomodan líderes y liderillos de todo

matiz dejando los problemas latentes para que los resuelvan los que vengan detras.

Y sabemos conscientemente que en esta actitud nada noble por cierto, desde los hombres del régimen actual con deseos de cambio falacioso, hasta la llamadas izquierdas españolas, todos saben que la presencia de la C.N.T. representa un peligro para el pago de sus ambiciones. Y si no se neutraliza la C.N.T., las aspiraciones revolucionarias de sus hombres, seguirán siendo espada de Damocles sobre las instituciones estatales a crear.

Así vemos nacer, maniobras y operaciones tendientes a crear la diversión y la confusión en las filas del anarcosindicalismo español. Maniobras que desgraciadamente encuentran eco en una parte de la militancia, que en sincero deseo de acción que no negamos, no aciertan a ver el peligro desviacionista, si no de eliminación pura y simple que se persigue.

La militancia deberá vivir en el alerta constante en defensa de la misma organización, ya que no faltarán los esfuerzos para neutralizarla, para ver de borrar del panorama social español la única garantía de sinceridad en el combate: la C.N.T.

La vieja táctica de creación de Central Sindical Unica que reuna los esfuerzos y la fuerza de las dos sindicales españolas, ha vuelto a subir a la palestra y aún como base y propósito de la llamada Alianza Sindical Obrera, creada en el interior de España. A este respecto diremos que no sólo en las bases de este organismo creado al margen de la misma A. S. encontramos aquellas contradicciones que nos hacen ver el peligro, sino que en las mismas declaraciones de sus propios creadores, vemos la contraposición entre ideas.

Según las bases del pacto establecido, la A.S.O. preconiza la colaboración para el porvenir de la España liberada, hasta la creación de la Central Unica. De diversas declaraciones parece deducirse que la A.S.O. no es una Alianza sino una Organización Sindical clandestina, creada con militantes de las dos centrales españolas, y con elementos de otras tendencias, deseando incorporar en sus filas otros de las hermandades obreras de Acción Católica e incluso «falangistas de izquierda».

¿No serán acaso pretendientes a la sucesión de la Central Sindical Vertical española?

Pudiera ser muy bien que se tratase de asegurar la supervivencia de ésta, con sus estamentos, su estructura, sus posibilidades, sus cuadros, etc... para ahogar toda veleidad revolucionaria.

En el proceso a varios de sus componentes, éstos han declarado públicamente su divorcio con las organizaciones del exilio, su independencia con respecto a ello, y su deseo de incorporar en el seno de la misma a todos los obreros de todas las tendencias.

Nunca un militante de la C.N.T. en nombre de la misma pudo negar la misma.

Si a ello añadimos el hecho de que dicha A.S.O. se encuentra apoyada, orientada y financiada por el turbio sindicalismo americano en colaboración siempre con el Estado yanki, tendremos razones más que suficientes para permanecer en atenta es-

pectativa, que no permita el tiempo de la maniobra, si maniobra hubiera.

Una vez más repetimos: No hay en nuestras manifestaciones acritud ni censura para quienes crean laborando así trabajar por el bien de nuestro país. Nunca quisimos imponer nuestro punto de vista como el único factible y siempre reconocimos el derecho de cada uno de estimar y juzgar los problemas con arreglo a sus concepciones e interpretación de los mismos.

Existan en buena hora los amigos de la unidad sindical, existan quienes crean que es necesaria la colaboración sindical en el seno de los organismos del Estado.

No negamos el derecho de vida ni el combate de quienes tengan esas ideas distintas de las nuestras. Lo que no consentimos ni consentiremos en modo alguno es que se pretenda jugar con los anagramas y nombre de nuestra organización para defender posiciones contrarias a los intereses de la misma.

Pueden quienes así piensen llegar a crear sindicalismos de concepción diferente, o más todavía forjar el Partido político que convenga a su interpretación del momento. Serán un aporte más a la labor desorientadora y disgregadora de los servidores del Estado. Nieguen los principios y la necesidad de la Revolución quienes crean que puede ayudarse a la evolución humana con el tira y afloja de los espectaculares debates parlamentarios. Libres son de hacerlo. Pero en nombre de la C.N.T., No. En nombre del anarcosindicalismo, no. Porque desde que aceptaron eso que llaman «nuevas ideas o concepciones del momento», cambiaron «de piel» como también se ha dicho y dejaron las filas del anarcosindicalismo.

Y ni argumentos bien buscados, ni falaciosos razonamientos, ni sabias exposiciones podrán justificar lo injustificable. Un anarcosindicalismo, dispuesto a colaborar en los organismos del Estado. El color negro, solo puede modificarse dejando ser negro. El anarcosindicalismo, teñido de cualquier innovación que niegue sus principios fundamentales dejará de ser anarcosindicalismo. Y el día que la C.N.T. perdiera esa fuerza vital, esa línea firme y consecuente (aún seguimos siendo amigos de la consecuencia ideológica pese a quienes llaman a la inconsecuencia como solución).

El día que la C.N.T. perdiera esa personalidad que le da la presencia anarquista en sus sindicatos, dejaría de ser aquella organización cuyas realizaciones fueron lección, para convertirse en una más de esas organizaciones sindicales, justificativas de un burocratismo exagerado, destinada a conseguir las ventajas parciales que como migajas de la mesa de los poderosos, el capitalismo como concesión al mal menor, da.

Y no se fundó para eso la C.N.T. española, la sección hispana de la A.I.T. La misión del sindicalismo libertario es más alta y más digna.

Si supo estar en la avanzada de las luchas sociales lo fue por comprender que la conquista de las mejoras inmediatas era un objetivo permanente, pero no el objetivo fundamental que fue y sigue siendo la instauración de nuevas modalidades de

convivencia social, la organización de nueva sociedad sobre las ruinas de la barbarie capitalista. De esa nueva sociedad que partiendo del Municipio y del Sindicato, del Comunismo Libertario, lleve la humanidad en revolución permanente y no finalista a la verdadera expansión de las libertades humanas.

De la misma manera que si hoy la lucha contra el franquismo es un objetivo primordial, fundamental y básico, tampoco podemos considerar esta lucha como objetivo final de la C.N.T. En este combate hemos de volcar hoy toda nuestra voluntad de lucha, sabemos que con la consecución de este objetivo, el todo de un país libre no se habrá conseguido y que entonces la fase más ingrata quizá habrá de comenzar.

Se debate hoy el país y el régimen en una crisis que no nos prolongaremos en analizar y cuyas soluciones no serán ni con mucho fáciles. La economía del franquismo, la salva hoy la misma degradación de la dignidad española.

La cesión del suelo español a potencias de colonización económica. Aquella otra de posiciones de combate a los colosos imperialistas en presencia. Venta de las posibilidades nacionales, practicada desde siglos atrás y que llevó al colmo de la exageración el régimen que subsistió por la subasta al mejor postor: ayer Alemania e Italia, hoy América, quien sabe si mañana, de ofrecerse la ocasión, a la Rusia soviética.

El turismo, exponente del bajo y mísero nivel de vida nacional, pues es más que sabido que el turismo de hoy se vuelca en los países pobres donde su esparcimiento y solaz es más barato, es otro de los salvadores del régimen. Los millones de dólares de mercancías que la industria no llega a vender en el extranjero, son vendidas al extranjero en el propio suelo.

Así, las costas mediterráneas españolas se convierten hoy, para vergüenza del franquismo, en pulular de colonias de ociosos de todos los países. Entre ellos, quizá, muchos de los que usando de un nivel normal de existencia en sus países y de su derecho a las ventajas económicas de países normalmente desarrollados, no alcanzan a concebir que esas vacaciones españolas, aseguran la supervivencia y la prolongación de la miseria española, aportando su ayuda solidaria de obreros, a la economía de un régimen que les desprecia en su misma calidad de obreros.

Pero los más, magnates de la industria y del comercio en el mundo, vienen a España, donde el acceso a la propiedad de solaz y divertimento es más barato que en sus países respectivos. Y el régimen les recibe a unos y otros con la sonrisa del histrión, del hospedero barato que se curva ante el cliente de bolsa repleta. Y organiza espectáculos y distracciones para aumentar una clientela que le salva de la ruina.

El mismo turismo, sin embargo, es insuficiente para el equilibrio de la balanza de pagos española. Las últimas cifras oficiales franquistas así lo mostraron. Si esta se equilibró fue gracias al aporte

masivo de los envíos realizados por los emigrantes españoles.

¡Oh paradoja! La miseria de los españoles, obligándoles a expatriarse, como parias errantes del hambre y del sudor, salva la economía del régimen que les vende.

Franco y los suyos descubrieron así una materia prima de exportación, que reemplaza el fracaso de sus pomposos planes del desarrollo: la exportación de carne humana, de miseria, de sudor y de músculos españoles.

Exportación ya organizada y controlada, que puede crecer cada día, pues quedan aún en los suburbios de las ciudades españolas, cientos de miles de hombres amontonados en condiciones inverosímiles, y un peonaje agrícola errante de región en región. Más de la tercera parte de la población española, se encuentra viviendo en las zonas económicas llamadas zonas del hambre.

F. de Castro en su libro «La demagogia de los hechos» nos dice:

«La mancha negra de las zonas del hambre se extiende por Andalucía, Albacete, Murcia, Extremadura, Castilla la Nueva, a más de todas las grandes zonas urbanas.»

¿Es concebible después de 25 años de pregonada paz y reconstrucción, la existencia de pueblos como la **Chauca** en Almería, 20.000 habitantes viviendo en 900 cuevas y 1.600 chabolas, sin retretes, sin asistencia médica, ni fuentes, ni lavadero público, ni oficinas de correo, ni electricidad?

¿Que en los suburbios barceloneses, de 177.000 personas, 66.000 vivan aún en 1.200 chabolas de madera y lata, con locales escolares para 10.000, sobre una población escolar de 25.000, con 15 dispensarios (uno para 12.000 personas)?

No vamos a extendernos en cifras ni estadísticas en esta ocasión. Lo cierto es que el verdadero nivel del pueblo español es el de los países subdesarrollados.

Y el problema de proporciones inmensas al que habrá de enfrentarse para la reconstrucción de la economía es claro: Un pueblo en la indigencia, una estructura económica que no produce los bienes suficientes, sin dinámica auténtica de desarrollo.

Ese problema sólo puede resolverse por un cambio radical de estructuras y dicho cambio solo será posible a través de un proceso revolucionario que elimine de raíz los obstáculos.

Es del conocimiento de todos quienes constituirán esos obstáculos: Grandes propietarios, terratenientes, grupos industriales con capitales extranjeros hoy, la misma Iglesia, que es uno de los mayores propietarios españoles.

Y el ejército español, pretoriano al servicio de todos los privilegios.

Y si podemos hoy constatar el fracaso de la pretendida cruzada franquista que partió de una mentira hecha historia: el peligro bolchevique. Sabemos a ciencia y conciencia, que todo régimen de composición que le sustituya, o contemporizará con la fuerza de freno y reacción de las clases privilegiadas, o será arrollado por la sublevación de éstas.

Negar, evitar la revolución constructiva, será aplazar el problema. Y nosotros no podemos, ni debemos ni queremos ser cómplices de semejante crimen contra el pueblo español y en consecuencia no podemos admitir compromiso alguno con las fuerzas representativas de presuntas e inútiles soluciones del momento.

Se dice que somos intransigentes en nuestra posición revolucionaria y debemos declarar en plena voz, a todos los vientos, con la claridad que fue siempre nuestra norma que nuestra intransigencia revolucionaria tiene una base humana, inmensamente humana, que se cimenta no sólo en el amor a las libertades, sino además en la convicción más íntima que la revolución es imprescindible necesaria, porque si para una mayoría o minoría, la continuidad de la miseria de otros, no es problema, nosotros hemos de pensar y sentir en las entrañas, la miseria de esos millones que no son ni siquiera proletariado, de ese subproletariado que arrastra su miseria en el campo español y en los suburbios urbanos, fuerza latente que espera su hora, la misma hora que espera la C.N.T. española.

La verdadera libertad, aquella que alía la libre disposición de la persona, a la igualdad económica, sólo podrá conseguirse en detrimento de las clases privilegiadas.

Estas no cederán voluntariamente sus privilegios. Y a la violencia de su resistencia habrá que enfrentar la violencia del esfuerzo manumisor. Ninguna política será capaz de realizarlo.

La revolución será inevitable y la revolución nos encontrará en nuestro puesto, a nosotros los militantes libertarios, los hombres de una C.N.T. auténtica, que por esta razón no podrá admitir mediatizaciones, componendas, ni compromisos.

Si fue la C.N.T. garantía revolucionaria hasta hoy, lo será mañana por la voluntad de su militancia.

Y volcaremos en la lucha toda la pujanza vital de nuestras convicciones y esfuerzos, como debemos volcar hoy en el combate liberador toda esa misma pujanza y convicción, convencidos de que esa liberación que algunos esperan como objetivo final, será el punto de partida de la Revolución manumisora, la revolución libertaria.



ALBERT CAMUS Y ESPAÑA

ESTA visto que las democracias del Oeste se hacen una tradición de traicionar a sus amigos, y que los regímenes del Este se crean una obligación de devorarlos. Entre ambos, hemos de hacer una Europa que no sea la de los embusteros ni la de los esclavos. Pues es, desde luego, cierto que hemos de hacer una Europa. Lo que ocurre es que no queremos una Europa cualquiera. Aceptar la construcción de una Europa con los generales criminales, con el general rebelde Franco, sería aceptar la Europa de los renegados. Y, después de todo, si es esa Europa la que las Democracias del Oeste quieren, les era fácil tenerla. Hitler ha intentado construirla, y casi lo ha conseguido; bastaba con ponerse de rodillas, y la Europa ideal habría sido edificada sobre los huesos y la ceniza de los hombres asesinados. No es eso lo que los hombres de Occidente querían. Han luchado, de 1936 a 1945, muriendo a millones y agonizando en la noche de las prisiones para que Europa y su cultura sigan siendo esperanza y conserven un sentido. Si hay quien olvida esas cosas nosotros no lo olvidamos. Europa es, ante todo, una fidelidad. Por eso estamos aquí, y afirmamos todo esto.

SI creo a los periódicos franquistas, el Mariscal Pétain llamaba a Franco «la espada más brillante de Europa». Son cortesías militares que no tienen consecuencia. Pero es que precisamente no queremos de una Europa defendida por esta clase de espadas. Los servidores de los grandes nazis desearían la construcción de una Europa aristocrática. No tengo nada contra la aristocracia. Creo al contrario que el problema que se plantea a la civilización europea es el de la creación de nuevas élites, por haber sido deshonradas las suyas. Pero la aristocracia del franquismo se parece demasiado a los señores de Hitler. Es la aristocracia de un «gang», la realeza del crimen, la cruel señoría de la mediocridad. Por mi parte no reconozco más aristocracia que la que proporcionan el trabajo y la inteligencia. Ambas son oprimidas, insultadas o utilizadas cínicamente, en el mundo de hoy, por una raza de criados y de funcionarios a las órdenes del poder. Liberadas y reconciliadas, reconciliadas sobre todo, harán la única Europa que puede durar; no la del trabajo forzoso o la inteligencia al servicio de la doctrina; no la de la hipocresía ni la moral de tenderos, sino la Europa viva de

las comunas y de los sindicatos, que prepara el renacimiento que esperamos. En este inmenso esfuerzo, mi convicción es que no podemos, en ningún caso prescindir de España.



EN efecto, Europa no se ha convertido en esta tierra inhumana — en la que, sin embargo, todo el mundo habla de humanismo —, en este campamento de esclavos y en este mundo de sombras y de ruinas, más que porque se ha entregado sin pudor a doctrinas desmesuradas, porque ha soñado ser una tierra de dioses y ha escogido para divi-

nizar al hombre el envilecer a todos los hombres a los medios del poder. Las filosofías del Norte la han ayudado y aconsejado en esta bella empresa. Y hoy, en la Europa de Nietzsche, de Hegel y de Marx, recogemos los frutos de esa locura. Si el hombre se ha vuelto un Dios, forzoso es reconocer que se ha vuelto poca cosa; ese Dios tiene una cara de hombre reducido al último grado de bajeza, de fiscal. Jamás reinaron sobre la tierra dioses tan mezquinos. ¿Quién puede extrañarse, al verlos en las primeras páginas de los periódicos o en las pantallas cinematográficas, de que sus Iglesias sean, ante todo, policíacas?

Europa no ha sido grande más que en la tensión que ha sabido introducir entre sus pueblos, sus valores, sus doctrinas. Es tensión equilibrada o no es nada. En cuanto ha renunciado a ella y escogido el hacer reinar por la violencia la unidad abstracta de una doctrina, ha degenerado, convirtiéndose en esta madre agotada que no da a luz más que criaturas avaras y odiosas. Y es tal vez justo que dichas criaturas acaben por lanzarse las unas contra las otras, para encontrar por fin una imposible paz en una muerte desesperada. Pero nuestra tarea, el papel que nos corresponde a to-

dos nosotros, no es el de servir a esta terrible justicia. Es crear una nueva justicia, más modesta, en una Europa renaciente — renunciando, por consiguiente, a las doctrinas que pretenden sacrificarlo todo a la Historia, — a la razón y al poder. Y para ello, tenemos que volver a encontrar el camino del mundo, equilibrar al hombre por la naturaleza, el mal por la belleza, la justicia por la compasión. En fin, tenemos que renacer en la dura tensión atenta que hace las sociedades fecundas. Es ahí donde la ayuda de España nos es indispensable.

¿Cómo prescindir, en efecto, de esa cultura española en la que jamás, jamás una sola vez, en siglos de historia, la carne y el grito del hombre han sido sacrificados a la idea pura, que ha sabido dar al mundo, al mismo tiempo, Don Juan y Don Quijote, las más altas imágenes de la sensualidad y del misticismo, que en sus creaciones más locas no se separa del realismo cotidiano, cultura completa, en fin, que cubre con su fuerza creadora el universo entero, del sol a la noche? Es esta cultura la que puede ayudarnos a rehacer una Europa que no excluya nada del mundo, ni mutile nada del hombre. Todavía alimenta hoy, en parte, nuestra esperanza. Y al mismo tiempo en que esta cultura era amordazada en España, daba su mejor sangre a esta Europa y a esta esperanza. Los muertos españoles de los campos alemanes, de Glières, de la división Leclerc, y los 25.000 muertos en los desiertos de Libia eran esta cultura y esta Europa. Es a ellos a quienes seguimos fieles. Y si en alguna parte reviven hoy, dentro de su país, es en esos estudiantes y esos obreros de España que acaban de gritar al mundo sorprendido que la verdadera España no ha muerto, y que reclama de nuevo el lugar que la corresponde.

PERO si la Europa de mañana no se puede pasar sin España, tampoco puede, por las mismas razones, hacerse con la España de Franco. Europa es una expresión contrastada, y no puede acomodarse de doctrinas

suficientemente idiotas, suficientemente feroces, para prohibir toda expresión que no sea la propia. Al mismo tiempo en que los ministros de Franco formulan el voto de que las élites de España y Francia se compenetren más, su censura prohibía numerosas obras sublimes, incontables escritores selectos, incluso de los que no han pasado jamás por revolucionarios. En lo que nos respecta, nosotros consentimos de buen grado en leer a Benavente; son los libros del señor Benavente los que no se dejan leer, y nada más. Recientes afirmaciones franquistas pretenden que la censura había sido mitigada. Tras examen de los textos podemos tranquilizarnos: la mitigación se resume a confirmar que todo está permitido, menos lo que está prohibido. El propio Franco, que se inspira gustoso de uno de nuestros grandes escritores, me refirió a Joseph Proudhomme, ha declarado que «la España del Alcázar de Toledo estaba ligada a la cátedra de San Pedro». Ello no impide que censure al propio Papa, cuando el Papa se pronuncia por la libertad de prensa, por ejemplo. En la Europa que es la nuestra, el Papa tiene derecho a hablar, como lo tienen los que piensan que el Papa hace muy mal uso de ese derecho.

La Europa que queremos es también un orden. Y cuando cualquiera puede detener a cualquiera, cuando la delación es alentada, cuando las mujeres encinta en las prisiones son dispensadas de trabajar, generosamente, pero solo el noveno mes, entonces estamos en el desorden, y Franco prueba al mundo entero que es un peligroso anarquista, más peligroso que los propios anarquistas españoles que, ellos, luchan por un orden. Y el desorden, al menos para mí, es culminante en esta odiosa confusión en que la religión está mezclada a las ejecuciones y en que el cura se perfila tras el verdugo. Las órdenes de ejecución se terminan, en la España franquista, por este deseo piadoso al director de la cárcel. «Dios guarde a Vd. muchos años». Se obliga a los prisioneros a suscribir un abono al semanario «Redención». Esta Europa,

en la que Dios está reservado al uso particular de los directores de prisiones ¿es, tal vez, esa la civilización por la que debemos combatir y morir? ¡No! Hay, por fortuna, una redención que no necesita suscripciones y que reside en el juicio de los hombres libres. Si existe un Cristo en España, está, es cierto, en la cárcel, pero en la parte baja de las celdas. Está con todos los hombres, víctimas del atropello ignominioso del franquismo. Esos hombres son nuestros hermanos, y los hijos de la libre Europa.

NUESTRA Europa es también la de la verdadera cultura. Y, siento tener que decirlo, no veo ningún signo de cultura en la España de Franco. He leído por completo la filosofía de la historia que es personal al Caudillo. Se resume en esto: «La Franc-Masonería, oculta en el caballo de Troya de la Enciclopedia, ha sido introducida en España por los Borbones». He leído al mismo tiempo que un peregrino católico de América, recibido por Franco, le ha encontrado «extraordinariamente inteligente». Un peregrino es siempre un entusiasta. No quiere haberse molestado para nada. Pero, en fin, encuentro la frase de Franco y la del peregrino absolutamente incompatibles. Mi convicción de que la cultura y la España oficial de hoy no tienen más que una ligérrima relación de cortesía se vé reafirmada cuando leo que «Franco debe resolver, con su espada, los nudos gordianos de problemas seculares cuya solución estaba reservada a su genio», o que «parece que Dios haya colocado el sino de Franco bajo el símbolo de esas aspiraciones históricas fulgurantes, destacando esta cabeza eureolada sobre el horizonte de nuestro siglo...» No, la idolatría no es la cultura. La cultura muere en la España franquista, cuando menos, de ridículo. En fin, cuando Franco exige su sitio en el concierto de las naciones y reclama el derecho (que reclamamos con él) para España de tener el gobierno que le plazca, resume su doctrina en esta fórmula que, como ya imagináis, no dejo de analizar: «No es que andemos en

diferente dirección... Es que vamos más aprisa que los otros, y que estamos ya en el camino de regreso mientras que los otros avanzan aun penosamente hacia el objetivo». Esta metáfora osada se basta, por sí sola, para explicarlo todo, y basta sobre todo para justificar que para nuestra cultura, preferamos la Europa de Unamuno a la de los adalides franquistas.

EN fin, y esto lo resume todo, nuestra Europa no puede pasarse sin la paz. La España de Franco no vive, y no sobrevive, más que gracias a la amenaza permanente de otra guerra, mientras que, en España, la República se vé reforzada cada vez que la paz vé aumentar sus posibilidades. Si, para existir, Europa debiera pasar por la guerra, será la Europa de las policías y de la ruina. Sólo así se comprende que Franco sea juzgado imprescindible, debido a la inoportuna ausencia de Hitler y Mussolini. Es así como piensan los que se hacen de Europa una imagen que nos horroriza. Franco ha sido juzgado severamente hasta el día en que los estrategas se apercebieron de que disponía de 30 divisiones. Es entonces cuando Franco entró en la senda de la verdad. Se le ha aplicado, reformándola para él, la fórmula de Pascal, que se ha convertido en ésto: «error por debajo de 30 divisiones, verdad por encima de ellas». En tales condiciones, ¿para qué hacer la guerra a los ru-

sos? Rusia es más verdadera que la misma verdad, puesto que dispone de casi doscientas divisiones. Pero Rusia es el enemigo, y todo lo que pueda servir para combatirla es bueno. Para triunfar, primero hay que traicionar a la verdad. Pues bien, ha llegado el momento de que digamos bien alto que la Europa que queremos no será jamás aquella en la que la justicia de una causa tenga que ser valorada por el número de sus cañones. Es ya suficiente imbecil el calcular la fuerza de un ejército por el número de sus oficiales. A ese paso el ejército español es, en efecto, el más fuerte del mundo. Pero es también el más débil. Hay que ser un pensador del Departamento de Estado para poder imaginar que el pueblo español combatirá en nombre de una libertad que no tiene. Pero la estupidez no es nada. Lo que es verdaderamente grave es la traición de una causa sagrada, la de la sola Europa de que queríamos. Aceptando el reanudar la relaciones con Franco, la América oficial y sus amigos firmaron la ruptura con una cierta Europa que es la nuestra, y que continuaremos defendiendo y sirviendo juntos. Y como mejor la serviremos es precisamente distinguiéndonos de todos los que no tienen ya ningún derecho moral de servirla, de los que a favor de provocaciones policiacas limitan, en nuestra propia tierra, la libertad de los militantes antifranquistas, los mismos que han aceptado, en su tiempo, que las elec-

ciones argelinas fueran trucadas, los que se lavaron las manos con la sangre de los fusilados de Praga, los que insultaron a los prisioneros concentracionarios de los campos rusos. Todos esos han perdido el derecho de hablar de Europa y de denunciar a Franco. ¿Quién hablará pues? ¿Quién le denunciará? Amigos españoles, la respuesta es sencilla: la voz tranquila de la fidelidad. Pero la fidelidad no es solitaria. Somos, en todo el mundo, millones de fieles, los que preparamos el día de la reunión.

El propio interior de España lo grita sin descanso. Nos corresponde aunarnos, y no hacer jamás nada que nos pueda separar. Sí, unámonos solamente, y uníos, os lo suplico. La España del Exilio tiene aquí su justificación, en esta unión realizada, en esta lucha paciente e inflexible.

Vendrá el día en que Europa triunfe de sus miserias y de sus crímenes, en que, por fin, reviva.

Pero ese día, he aquí lo que quiero decir, será exactamente el mismo que aquél día en que la España de la fidelidad, acudida de los cuatro rincones del mundo, se reagrupe en la cima del Pirineo, y vea extenderse, ante ella, la vieja tierra herida que tantos de entre vosotros han esperado en vano, y que os espera silenciosamente desde hace tan largo tiempo.

Ese día, nosotros, europeos, recobremos, con vosotros, una patria más.

LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO

La mentira impresa y propalada cae por sí sola, y puede ser rebatida con la palabra misma. Por el contrario, la verdad impresa y propalada triunfa, pero triunfa a fuerza de convencer, triunfo sin violentar, y éste es el más bello triunfo posible. En estos principios se apoya la libertad de pensamiento, y en este sentido no conocemos crimen mayor que el empeño que los gobiernos ponen en coartarla. No sólo privan de un derecho a su generación, sino que asesinan en su germen a su posteridad. En nuestra opinión, los hombres todos deben saberlo todo. Sólo así podrán juzgar, sólo así podrán elegir. — MARIANO JOSE DE LARRA.

SUGERENCIA A BERTRAND RUSSELL

Por JACINTO GUERRERO LUCAS

EN ocasiones diversas, con la insistencia agobiante que exigen las nobles causas, nuestra voz se ha levantado para acusar el escándalo de la ciencia corrompida, que lejos de abrir al hombre horizontes más risueños, ciernen sobre su cabeza el peso amenazador del anónimo exterminio.

Sin pudores trasnochados, sin pretender hacer gala de comprensiones suicidas, sin mostrarnos resignados a admitir razonamientos teñidos de oportunismo político y económico, ni a considerar, pacientes, los imperativos bélicos invocados por los bloques en pugna de hegemonías, señalamos sin descanso la abdicación consternante de los cerebros del siglo, asesinos potenciales de todo el género humano y servidores conscientes de la ambición depravada de los estadistas necios que no conocen más medio de afirmar su envergadura que la posibilidad del desastre colectivo.

Cuando los hombres de ciencia domestican la energía poderosa del planeta para hacer de ella un vehículo de locuras estatales fallan su papel más alto, atentan a los valores más vitales de la especie, prostituyen bajamente la misión más esencial que la Ciencia se ha asignado...

Nos ha tocado vivir el tiempo de la vergüenza. La rendición de los hombres en cuyos hombros descansa la tarea impresionante de los avances científicos y los adelantos técnicos es un golpe muy sensible, un atraso irreparable. El pronunciado divorcio del progreso material con la corriente humanista retrata cumplidamente la tristeza de una época sometida por entero al manobreo político del imperio del dinero, en sucio concubinaje con el opio religioso y el afán imperialista de los grandes del momento.

La ciencia de destrucción tiene la cara pequeña. Los grandes hombres vendidos a directrices bastardas son los pigmeos del siglo. Su corona está tejida del desprecio de los hombres que aún escuchan la llamada serena del corazón. Es esta una realidad que la aureola oficial no consigue mitigar.

La situación que dibujo es un

arma de dos filos que penetrará en la carne de sus propios creadores. La conciencia universal empieza a movilizarse. La indiferencia se esfuma, dejando paso a un murmullo de indignación general cristalizado, a menudo, en bellas iniciativas que nosotros, luchadores, nos debemos de aplaudir.

La tarea gigantesca, conmovedora y humana del biólogo Jean Rostand es ejemplo edificante de la verdadera ciencia, acreedora al respeto y al fervor reconocido de los soldados del bien. Como aplaudimos sin trabas las conquistas permanentes de la investigación médica, o la tarea abnegada de profesores y sabios que luchan contra el misterio, animados del deseo de mejorar la existencia.

Todos los hombres de ciencia no son unos desalmados.

Pero vengo a Bertrand Russell, a quien quiero sugerir un gesto transcendental.

El gran filósofo inglés proyecta constituir un tribunal de conciencia, y procesar ante él al llamado Lyndon Johnson, presidente del gobierno de los Estados Unidos, como criminal de guerra, culpable de genocidio contra el pueblo vietnamita.

Dicho tribunal, compuesto por

ciertos hombres de letras y otras personalidades de valor reconocido, debe reunirse en París, el mes de Noviembre próximo. Tan humana iniciativa no precisa comentarios. Bástenos pues afirmar que detrás de Bertrand Russell, detrás de los demás jueces que con él formen equipo, se encuentra la aspiración más legítima del mundo, y el consuelo esperanzado, el aliento caluroso, la emocionada confianza y la fe voluntariosa de todos los hombres dignos que no aceptan la impotencia ante el atropello «yanki», ni ante ningún otro exceso cometido contra el hombre, cualquiera que sea su origen.

Yo sugiero a Bertrand Russell que su tribunal estudie las responsabilidades de otro criminal de guerra culpable de genocidio, de un verdugo ensangrentado acusado del delito de alta traición a su pueblo, de un malhechor renegado, del tirano tenebroso que ha enlutado el desarrollo contemporáneo de España, adulterado el espíritu de la conciencia española, proscrito la inteligencia, desterrado la justicia, pisoteado el derecho...

... Hablo de Francisco Franco.

El coyote ferrolano debe ocupar el banquillo junto al vaquero de

Ayuntamiento de Madrid

De mi calendario

Por EUGEN RELGIS

Montevideo, 23 de marzo.

HOY, el cartero me entregó junto con algunas cartas y media docena de revistas,

un paquete: un libro más, entre tantos que me envían los autores o las editoriales. Pero las estampillas me dejan asombrado; es de

Bucarest, la capital del país que abandoné hace casi diez años. La fecha del envío: 20 de enero. Más de dos meses, para recibir un libro de un continente a otro. Raras veces llegan aquí libros de mi país natal, y sólo si llevan la etiqueta oficial.

SUGERENCIA A BERTRAND RUSSELL

Texas, su cómplice y protector. Sus delitos son comunes.

Es la demanda insistente que dirijo a Bertrand Russell, y al hacerlo me reclamo de la autoridad grandiosa de la España del silencio, que tiene un largo tributo pagado a la humanidad y merece ser oída de cuantos claman justicia reclamándose del hombre.

El proceso del «caudillo», aún de carácter simbólico, es un gesto inaplazable, un deber ineludible para un tribunal moral. Nuestra causa es importante. Abrimos el expediente más enojoso de Europa. Recordamos, machacones, el abandono cobarde de que se nos hizo víctimas. Tenemos pruebas terribles. Testigos innumerables.

La Historia y el Universo declaran en nuestro nombre. La opresión del interior y los dolores de exilio hablan también por nosotros. No podemos resignarnos a que el crimen se respalde con el transcurso del tiempo, ni a que se encubra al abrigo de los hechos consumados.

Insistimos en creer en la actitud de los hombres de corazón caudaloso. Estamos aquí, esperando, pidiendo reparación, y clamando sin cesar, desde nuestra piel de toro, las verdades poderosas que perduran en el seno de la España amordazada. Lanzando el mensaje claro de humanidad generosa que supimos prestigiar a través del sacrificio de nuestros hombres mejores, que seguimos defendiendo con la tenaz resistencia opuesta a la dictadura, ante los silencios cómplices de los demócratas vanos y los tristes abandonos de los poderes del campo mal llamado socialista.

«Ayer Madrid, hoy Saigón» no es solamente un «slogan» de actualidad periodística, sino un paralelo claro de situaciones de escándalo que actualiza, en el presente, lo que es ya un viejo problema sobre las tierras ibéricas.

Si Bertrand Russell lo acepta, le corresponde el honor, la oportunidad histórica, de poner un fin simbólico a la situación más trágica que padece el Occidente.

El pueblo español espera.

Abro el paquete. No es un libro. Sobre la carátula en tela: 1957. En la tapa interior: **Calendario** y, abajo, en inglés: **Foreign Languages Publishing House, Bucarest**. ¿Propaganda para los extranjeros? Quizá, pero disfrazada, sin slogans políticos. En papel ilustración, cada página ofrece, en la mitad superior, una imagen: paisajes, figuras, escenas de la vida popular, vistas de ciudades, del campo, de la montaña, del mar. Imágenes que se suceden con los días y las estaciones. Y cada una despierta en mí un recuerdo, un rostro, un pensamiento. Un mundo entero, y medio siglo de trabajo, de empeños y luchas...

¿Quién me envió este regalo de Año nuevo? ¿Una hermana, un amigo, un compañero que permanece fiel en aquel país donde uno no puede poner su firma ni siquiera en un calendario? Quienquiera sea, le doy mil gracias. Escribo estas líneas al margen de la página correspondiente a la fecha. Allí, comienza la primavera.

En un Estado totalitario, a un innovador cuyas ideas no sean del agrado del gobierno, no sólo se le le condena a muerte, accidente ante el cual puede permanecer indiferente un hombre valeroso, sino que se le impide en absoluto dar a conocer su doctrina. En semejantes comunidades las innovaciones solamente pueden venir del gobierno y no es probable que el gobierno, como tampoco lo hizo en tiempos pasados, apruebe nada contrario a sus intereses inmediatos. En un Estado totalitario acontecimientos como la aparición del budismo o del cristianismo son casi imposibles, y por muy grande que sea su heroísmo, un reformador moral no podrá ejercer influencia humana, que se debe al gran aumento del control de los individuos que han hecho posible la técnica moderna de gobierno. Es un hecho muy grave que demuestra lo funesto que es un régimen totalitario para todo progreso moral. — BERTRAND RUSSELL.

ra. Aquí, el otoño. No importa. A las fechas y las imágenes del calendario recibido de allende el océano, se sobreponen las realidades diarias de mi refugio sudamericano. El pensar vence al tiempo; los sueños y la acción pueden suprimir el espacio. Vida doble y, sin embargo, unitaria. El pasado se filtra a través del presente hacia un mundo sin fronteras: el de los ideales que siempre brotan de las cenizas de la Tierra...

Empiezo, pues, otro «Diario». Para mí, para el desconocido que me hizo llegar el calendario — y para otros, quizá, hermanos en espíritu, dispersos en la gran Familia Humana, una y múltiple en su destino, con todas sus derrotas y victorias.

24 de marzo.

La soleada imagen, en esta hoja del calendario, lleva mi pensamiento a los años remotos de mi infancia, al principio del siglo. En el patio de una casa campesina, dos niñas atrevidas con sus trajes nacionales, de largas faldas plegadas y bordeadas y de largas trenzas, están charlando con otras dos niñas encaramadas en la balastrada de madera que circunda la planta baja. Vetusta es la casa, pero envuelta en la tibia luz primaveral que se refleja en los cabellos dorados y en la sonrisa traviesa de esas mujercitas en miniatura, que parecen muñecas. Ellas me recuerdan, sin embargo las visitas que mi madre hacía en ciertos días a mi abuela o a mis tías, en la pequeña ciudad rodeada de montañas. Tenía que acompañarla, casi siempre, vestido con el traje de fiesta y tenía que estar quieto, hojeando un álbum de fotos de la familia. ¡Cuántas figuras surgen ahora, de otras generaciones, todas de otro mundo, del mundo de mi infancia!

—¿Pero tuviste infancia?

Pregunta sin voz, sin gesto, amarga, algo sarcástica, como ajena a mí mismo, que hizo caer bruscamente el negro telón sobre el escenario apenas vislumbrado de mis primeros siete años. Silencio, silencio... Desde entonces *incipit vita nova*. El niño se convirtió en hombre, en otro hombre...

Y esta noche busco sus trazos en **Mirón el Sordo**, mi primera novela que algunos consideran como una autobiografía, pero que es en realidad la biografía de cualquier joven que quiere conocerse a sí mismo y se empeña en forjar su propio destino.

25 de marzo

De la idílica imagen campesina, he ahí, por saltos de mil, dos mil y más metros, la visión de algunas cimas de los Cárpatos. En este sitio, una montaña truncada; se llama precisamente así: **Retezatul**, el tronchado. Pero en el horizonte se perfilan otras montañas, con sus peñascos altos, más altos y ocultos por las cintas de nubes o blanqueados en algunos declives por la nieve que se resiste a las brasas del verano.

En los años confusos de mi adolescencia, escalé estas montañas, aquí y en otros sitios, al norte de la cordillera. La montaña ha sido mi fascinación y mi anhelo de superación. Vencer la cálida pereza de la campiña fértil y soñolienta; subir, jadeante, de un escalón a otro, hacia la cumbre de un ideal que siempre se aleja, hacia otro peñasco, hacia otro vértice inaccesible de la eternidad radiante.

La montaña de la Vida no es sólo un capítulo de mi novela ya citada. Es el sentido mismo de mi vida... Y aquí, en otro continente, he evocado a los Andes a través de los recuerdos carpatinos. Quise subir nuevamente, con mi alma y mi mente, las montañas sudamericanas (mil tres poemas andinos: **Comienzo de un mundo**, **Alma mater**, **Los Indios**, que no pude escribir sino en rumano, mi idioma natal) antes de bajar por la otra vertiente, en la última etapa de mi existencia.

— Es verdad, es seguro, es real lo que está abajo, en la tierra, es igual a lo que está arriba, en el cielo, y lo que está arriba, es igual a lo que está abajo...

Fusión y transmutación de las armonías universales en la unidad creadora. Nunca un concepto metafísico se me ha revelado tan positivo, tan inmediato en su verdad, como en estas dobles siluetas paralelas e iguales. ¡Qué salto, desde los tropiezos y tanteos de la infancia, a la juventud ho-

llando el lomo de una montaña vencida! Y los cuatro mozos miran del mismo lado, hacia las cimas rocosas, hacia los vértices nevados, fundidos en el infinito, que los llaman, los fascinan con sus indecibles promesas y glorias. Con victorias que ellos quieren y deben conquistar, pese a los abismos en acecho...

1° de abril

Este día de primavera radiante en mi país natal, y de otoño grisáceo, casi deshojado en el otro hemisferio de mi tardío refugio, es también el día en que suele desatarse en todas partes ese espíritu burlón, más o menos logrado, inventivo, burdo o ingenuo, que divierte y aun alivia las cargas cotidianas, y que no debe ofender, humillar, ni enojar a nadie. La broma ligera, el engaño inocente, el susto que se disipa en carcajadas, la chanza chispeante, el tropezón amistoso, la farsa graciosa... tantos pretextos para eludir en algunas breves horas las obligaciones sociales, transigir con las leyes rígidas y las convenciones morales en un mundo que carece todavía de paz, justicia y libertad...

A mí, la hoja del calendario me ofrece una imagen tan sencilla como encantadora. Es generosa, fraternal, consoladora. Una mano de labrador, dura, firme, con trazos como tajos en los dedos gruesos, la piel arrugada y las uñas cortas. Y en el hueco de la palma un pollito recién salido de su cáscarón, se perfila con su pico cerrado, con su ojo grande, que refleja un rayo de luz y una indecible mezcla de gravedad y ternura, de curiosidad y temor, envuelto todo en su plumón dorado, y la cabeza salpicada de manchas oscuras... ¡Con cuánto cuidado y cariño lo sostiene la tosca mano del trabajador de la tierra! De esa **alma mater**, siempre nutricia, siempre renovadora en sus germinaciones y descomposiciones. El milagro de la creación está allí, en la mano hacendosa del hombre. Y la sorpresa, la «broma» de este día — y de siempre — surgida del abismo de la nada y las tinieblas de la muerte es, sencillamente esta: la Vida.

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

por FLOREAL OCAÑA

(Continuación)

CON respecto a que el hombre esté sujeto a todas las leyes del universo, comprobamos que no lo está tanto, que va escapando, por ejemplo, hasta de la fuerza de la gravedad, yendo en camino de vencerla y acabar por ser él, el hombre, el que sujetará o dominará esa fuerza para sus fines, como está ya aprovechando otras energías, llamadas «leyes», como las de la herencia, modificándolas y superándolas. Estas últimas tanto para beneficiar a los sujetos normales como a los anormales que significa mejorar la salud física y mental de nuestra especie. Quizá las últimas palabras en este sentido hayan sido las que pronunció E. L. Tatum, Premio Nobel de Medicina 1958, en agosto de 1963, participando en el symposio médico mundial que se celebró en Guadalajara (República Mexicana) a principios del precitado mes y año. Afirmó que «el mundo está en los umbrales de la era genérica molecular que abre enormes posibilidades para curar, incluso, las enfermedades congénitas. Sin precisar fecha, este sabio, delante de científicos de otros países, asentó que se llegarán a controlar los genes defectuosos, que son los que generan las enfermedades hereditarias.

Tatum, especializado en el estudio de la amnesia senil, el retraso mental, que es una falla genésica, afirmó que para prevenir las enfermedades hereditarias pueden encontrarse evaluaciones químicas para hallar los defectos genéticos. Y que, en determinados casos, los cónyuges podrían ser advertidos del peligro de sus hijos.

En cuanto a lo substancial de la concepción materialista, expuesta por el Dr. R. Martínez estamos de acuerdo hasta cierto punto. Al manifestar que el individuo humano «es una combinación más o menos sutil de materiales del universo en que vive y que está sujeto a todas las leyes que son comunes a la materia de que está compuesto» dice algo tanto o más sentido que pensado: es, a nuestro entender, concepto coincidente, en lo fundamental, con el nuestro y con lo que expresaron Nietzsche, Lin Yutang y otros escritores y hombres de ciencia.

¡Qué más sutil, Dr. R. Martínez, que la fuerza de gravedad, sin órgano que la produzca, siendo, sin embargo, aparentemente, la más poderosa de las fuerzas que existen! Si cree en ésta ¿por qué no creer, de igual modo, en la existencia de la fuerza de voluntad, que consideramos energía humana tanto o más sutil que aquélla? Se lo impiden, al parecer, sus ideas hechas, pero consideramos *sintió* que existe mientras escribió el párrafo transcrito hablando sobre cosas comunes a la materia y al hombre, al pronunciarlo la voz de su sangre, su vida toda, por ley biológica común a todo lo existente, arrastrando por hondo sentir vital al vincularse, un instante, al Cosmos que lo gestó.

El que escribe y los que coinciden creemos en la existencia de la fuerza de gravedad, sin órgano que la produzca, repetimos, como en la fuerza de voluntad, aunque los deterministas-mecanicistas no encuentren el equivalente orgánico o fisiológico, porque ambas fuerzas las *sentimos* operar en nuestro derredor y en nosotros mismos.

Nuestros contradictores posiblemente aceptarán también esta concepción, que extraemos de las enseñanzas que nos ofrecen los nuevos conocimientos científicos, cuando no piensen partiendo del estricto concepto de materia que los obsesiona dotándola, con la imaginación, de mecanismos inexistentes, organizándola a su manera o como se ha estado hablando sobre la misma hasta el año de 1964; cuando, en fin, refiriéndose a la vida universal, decidan, como acabamos de decidir nosotros — el que escribe al menos —, basándose en datos aportados por la ciencia, razonar partiendo de una nueva realidad, que consideramos acertada: de que la materia es, en efecto, producida por la energía, que a ésta se deben sus estados líquidos, sólidos y gaseosos, todas sus transformaciones; cuando comprendan que cuanto nos rodea es sólo energía visible formando cuerpos sólidos, más o menos voluminosos, e invisible para nuestros órganos de la visión, la mayor parte, pero pudiendo obrar, aunque de forma casual, indeterminada, como energía de múltiples modos, conocidos unos e ignorados otros, interviniendo e influyendo, más o menos sutilmente, en todas las manifestaciones vitales de la materia que se mueve por el espacio.

en consideración, en particular desde el año 1964, que la materia es creada por la energía de la expansión del universo. Nosotros, inspirándonos en

En el mundo científico ha empezado a tomarse esto, hemos expresado algo más amplio por creerlo lógico: que es propiedad intrínseca de la energía que forma el Cosmos. Pero sobre la idea que nos ha servido de inspiración no podemos teorizar ni extendernos en consideraciones, porque es un producto de conceptos matemáticos grandemente complicados del astrofísico Fred Hoyle y del estudiante F. V. Narlikar, de 49 y 26 años de edad, respectivamente. Pero damos importancia a sus ideas, porque Fred Hoyle, profesor de astronomía de la universidad de Cambridge y de filosofía experimental de Pasadena, es considerado, en nuestros días, el primer científico del mundo en su especialidad.

No tenemos información sobre la tesis que Hoyle presentó sobre el «Campo de la Creación», en la Real Sociedad de Londres el 11 de junio de 1964. Pero sabemos tenía que explicar cómo se crea la materia en el universo. Hoyle, astrofísico que más se distingue en el progreso de la cosmogonía, sostiene que el universo siempre ha existido y que continuamente surgen nuevas estrellas, mientras mueren las que son viejas. Opina también que el universo existe eternamente y que es infinito. Son ideas, en general, que hemos estado sosteniendo desde el año 1961, desde el querido «Solidaridad Obrera», de París, y más continuamente en números de CENIT.

Al hablar de la expansión del universo recordamos que Einstein creyó lo contrario en 1917. Hasta 1916 que se publicó la «Teoría de la relatividad», de Einstein, la cosmogonía era una mezcla de filosofía, religión, astrología y mito. No se había previsto lo complicado de la existencia del universo hasta que sir William Herschel descubrió con su telescopio lo que había más allá de la Vía Láctea.

Einstein, como se sabe, aceptó los descubrimientos de Herschel y confeccionó un modelo del universo en 1917, el cual era finito y para un observador colocado dentro de él, las galaxias permanecían inmóviles.

Einstein se equivocó, como lo probó en 1920 Edwin P. Hubble, de la universidad de California, al descubrir que las galaxias, así como la Vía Láctea, tienden a alejarse a una velocidad proporcionada a sus distancias. En concreto: el universo se expande. Y el velocímetro de Hubble usado hace más de cuarenta años para medir la expansión del universo es el mismo que hoy se usa para los **quasars**.

El reciente descubrimiento de los **quasars** ha prolongado el conocimiento del universo más allá del llamado camino evolutivo, ampliándose así, considerablemente, el campo de observación y estudio del mismo. Son objetos o cuerpos densos y compactos y, por lo tanto, no pueden tomarse por galaxias como tampoco por estrellas por sus extraordinarias dimensiones. A los **quasars** los llamamos **objetos**, como los astrónomos, por no haber podido ser todavía clasificados, pese a que en su estudio están colaborando la Radioastronomía, nueva cien-

cia, y la Astronomía tradicional, con los estudios recién descubiertos al saber que están a unos siete mil millones de años luz. Esto significa que se hallan a la mitad del camino de la edad del universo, en distancia, que se calcula en 13 mil millones de años luz.

Primero se descubrieron nueve de estos objetos, en el curso del año de 1964 descubriéronse dieciséis más y los radioastrónomos y astrónomos esperan descubrir otros 100 durante los años 1965-66. Con los telescopios ópticos los **quasars** aparecen como estrellitas de décimatercera o décimacuarta dimensión. Medida la velocidad de uno de estos objetos se comprobó que se trasladaba a 130.000 kilómetros por segundo.

Con los astrónomos colaboran también los físicos nucleares, porque los **quasars**, los objetos observables más distantes del universo general una energía calculada en 10 mil millones de veces mayor a la del Sol. Esta energía fue notada, por vez primera, por radioastrónomos mediante el radiotelescopio Parker (de 63 metros) instalado cerca de Sidney, en Australia, mientras que las coordenadas fueron definidas por los astrónomos de Monte Palomar (EE. UU.) con el telescopio óptico de 60 metros, con el que obtuvieron una extraordinaria fotografía.

Astrónomos, radioastrónomos y físicos nucleares están colaborando para aprovechar las fuerzas de la Naturaleza tanto del mundo que habitamos como de otros mundos que van estando, teóricamente, al al cance de la mano del hombre. La acción de los científicos se extiende utilizando desde el núcleo hasta el conocimiento de las estrellas en sus galaxias por medio de los nuevos telescopios electrónicos, que **prevén** la existencia de estrellas y objetos muy lejanos.

A los científicos humanizados o humanizándose ve preocupándoles la salud y la suerte del hombre, y que sólo la ciencia pura como comprobamos leyendo la siguiente declaración hecha por el Comité Astronáutico de los Estados Unidos en enero de 1964: «Necesitamos llegar al conocimiento de la materia de la energía, de la vida misma, para fortalecer nuestros propósitos y nuestra propia filosofía utilizando para ello toda herramienta a nuestro alcance actual o futuro y mejorar la condición humana.»

«Canacimiento de la materia, de la energía, de la vida misma». Es la preocupación de la que están impregnados todos nuestros escritos. Y obsérvese cómo el precitado comité, constituido por hombres de ciencia, escribe con sugerente énfasis la palabra **energía**, porque es la razón de ser de todo, la vida misma, de la que tanto hemos hablado estos últimos años.

Cuanto nace o se forma sigue un determinado proceso físico-químico o biológico hasta llegar a su término natural: a desvanecerse. Y a la inversa, según admitamos el fin de los cuerpos orgánicos habrá que aceptarse su origen: cómo nacieron o se formaron. Y es indudable que si unos y otros débense a la energía únicamente, ésta es la que puede asimismo terminar con ellos o hacerlos pasar a

otras formas de ser, siempre siendo esto o aquello de manera casual, sin dejar jamás de ser.

Es el caso del hombre y su planeta Tierra frente a la energía acumulada en el Sol, del que recibe luz y calor, que le permite vivir, pero en su seno nos reserva el fin de ambos según los nuevos conocimientos físicos y astronómicos. Sin embargo el hombre, más pronto de lo que muchos de nuestros semejantes creen, habrá ingeniado el modo de llevar la Tierra hacia otras regiones del Cosmos para escapar a ser destruido con el hogar donde vio la luz primera. Pero en el supuesto que no lo lograra y se cumplieran los procesos del movimiento de la energía, recordemos lo siguiente: que el Sol nos está enviando olas de calor que parten de su superficie, en la que se calcula tiene una temperatura de 10.000 grados Fahrenheit, mientras en el interior de esa especie de esfera de energía escondida o concentrada en forma de gases, la temperatura se acerca a los 30 millones de grados.

El fin natural de la Tierra se calcula para dentro de unos 10.000 millones de años: cuando, al parecer, quedarán al descubierto, los fuegos blancos del núcleo del Sol, porque entonces, de permanecer la Tierra en su órbita actual, recibirá olas de calor de más de 20 millones de grados que incendiarán la atmósfera, evaporarán las aguas de los lagos, de los ríos y de los mares, derretirán las rocas y los metales y, en fin, con rapidez increíble la energía acabará con toda la materia sólida, desvaneciéndola, haciendo que vuelva, primero, al fuego primigenio, transformándolo, en seguida, en nubes de gases y polvo, que serán lanzados en todas direcciones del universo por la radiación impelente del Sol. Simultáneamente el mismo fin tendrán los satélites y demás astros del sistema solar... Y este mismo final le está reservado al Sol, dentro de más miles de millones de años — o acaso al desvanecerse los astros que estaban bajo su influencia por variar la fuerza de gravedad y sufrir su núcleo la expansión y desvanecimiento de todos los gases — se enfríe o no, por la intervención de otra estrella u objeto de mayor magnitud. Los **quasars**, por ejemplo, generan, repetimos, una energía 10.000 millones de veces superior a la del Sol.

El fin o desvanecimiento, mejor dicho, de los cuerpos visibles hoy en el espacio coincide con la formación o nacimiento de los mismos según el pensamiento científico actual que todavía no se enseña en las escuelas. Ciertamente, una de las hipótesis llamadas más modernas relativas a la formación de nuestro Sistema Solar, que se está enseñando, en el presente, en los libros de geografía, en todos los grados de la enseñanza, en todo el mundo, es que una estrella se rozó con nuestro Sol y éste desprendió glóbulos de polvo y gas que formaron los planetas que lo rodean. Se suponía, y continúa suponiéndose, que la Tierra debió su forma-

ción a un accidente no común en el universo. Por otra parte, algunos astrónomos, observando la lenta rotación del Sol supusieron que fue ocasionada, precisamente, en gran parte, por el precipitado pequeño volumen de materia que se desprendió de él.

Hace apenas cinco años, la revista norteamericana «Selecciones», que se edita en varios idiomas, publicó la opinión de Otto Struve, director del Observatorio Radioastronómico Nacional de los EE. UU. que ratificando lo fundamental de la teoría mencionada dice: «Al desprenderse las materias que formaron los planetas se llevaron consigo parte de la energía que impulsaba la rotación original.» Pero al descubrirse que miles de millones de estrellas giran también lentamente como el Sol, se desecha la hipótesis que nuestro Sistema Solar se haya formado en virtud de un rozamiento o colisión afortunada — para nosotros — excepcional. Por consiguiente, la lenta rotación de las estrellas es un movimiento normal de las mismas en todas las galaxias. Y no son pocas teniendo en cuenta que se dice que el Universo contiene mil millones de galaxias y sólo la nuestra tiene 100.000 millones de estrellas, y no es la que tiene más.

Consideramos erróneas las ideas sobre ciencia astronómica expuestas en «Selecciones» — y otras que en el mismo tiempo se publicaron en «Life», en un número extraordinario — que, actualmente, siguen enseñándose en las escuelas de todos los países. Nuestro criterio no es caprichoso: lo basamos, como los lectores van comprobando, en los nuevos conocimientos, en los más recientes descubrimientos científicos. En particular desde la 106ª reunión organizada por la «Sociedad Astronómica Americana» que celebró sus sesiones durante los días de la penúltima semana de agosto de 1960 en el auditorio de la **Facultad de Ciencias de la Ciudad Universitaria ubicada en México, D. F.** Asistieron 150 astrónomos que discutieron 77 trabajos que se presentaron.

¿Cuál es la hipótesis más cercana a la verdad sobre la formación de una estrella? El problema de una es el problema normal de todas las estrellas o ha de serlo para ser admitida como verdad comprobable, por verdades que han de «encadenarse» a la misma, con ligeras diferencias no esenciales. La respuesta fue dada por el estudio Haro-Mnikowski — mexicano el primer sabio y norteamericano el segundo — sobre los glóbulos nebulares que fue presentado en la precitada reunión de astrónomos del continente americano. En él se estudian los procesos, las excitaciones, etc., de los glóbulos nebulosos sosteniendo esta tesis admitida por los científicos presentes: «que las condensaciones contienen una **protoestrella** y que la excitación observada es debida a procesos radioactivos en la superficie de la **protoestrella**.»

Continuará)



ARMONIAS

por COSME PAULES

CUANDO se rompe la armonía, la música deja de ser música; cuando consigo mismo el ser humano se desarmoniza, su posible felicidad se anula; cuando dos o más quieren un fin, si la armónica afinidad sufre, el fin se imposibilita, se esfuma y perece. Ya no hay fin, porque se han roto los medios. Todo es simple.

Los seres humanos, los idealistas, no pueden pretender armonizar con el prójimo, lo mismo que las máquinas; éstas tienen los mismos conductos, idénticas medidas para cada tipo; aquéllos no; aquéllos sienten a su manera individual cada uno, por sí y para sí. La armonía de las máquinas puede ser hecha, construida; la armonía entre afines de ideal, ha de ser querida y lograda con voluntarioso esfuerzo personal entre las partes. Las máquinas se dirigen por los expertos, los seres humanos o se autodirigen a sí mismos o dejan de ser.

Los idealistas, para serlo de verdad, están obligados a dirigir su propia armonía, a sustentarla y esforzarse por hacerla positiva y eficaz. No tienen otra escapatoria si desean solidarizarse unos con otros para conquistar un fin que a todos enamora. La máquina se construye y anda si es perfecta; el idealista ha de ir formándose a sí mismo y robusteciéndose sin cesar a base de su voluntad puesta en movimiento de una manera permanente y sin dobles. De lo contrario fracasa y se funde en la inacción o en lo que todavía es peor: en el actuar contrariamente a lo que desea.

El idealista no puede pretender que su afín piense y actúe en todo momento de acuerdo con su propio cartabón, pues contra idealistas — seres humanos conscientes — existen tantos cartabones como personas que sienten necesidad de utilizarlos para

su propio pensar y actuar. La concordancia armónica con los demás. Si uno pretende que su afín se rija por las ideas, los experimentos, los sentimientos y las clarividencias que él mismo ausculta y concibe al correr el velo de su desarrollo físico y mental, topará de inmediato y sin evasión posible con la reticencia y aun la contrariedad manifiesta del afín que tiene otro sentido del inmediato transcurrir de los momentos cambiables de su existencialidad. La idea está allí, con su meta cercana o lejana, con sus satisfacciones gratas e ingratas, con sus luchas, sus pesares, sus triunfos y también sus derrotas, pero el modo de sentirla, de apreciarla y de calcular los impulsos constructivos en pos de su consecución, cada uno y todos los afines entre sí, la desarrollan de acuerdo con el ritmo de su propio existir que no tiene parecido alguno con el sentir y el ritmo de sus semejantes.

Es posible que lo anterior parezca a algunos — o quizás lo sea en realidad —, algo excesivamente nebuloso para poder ser captado simplemente, con la sencillez que las más importantes cosas de la vida del hombre exigen a quien pretende hacer de ellas su personal exposición. Nada mejor que la sencillez para expresar lo que es y debe ser de todos, lo que todos por sí mismos son o pueden ser capaces de sentir con igual altura de miras conscientes y responsables. Así también no hay peor cosa para las cosas del hombre que rebuscarle confusiones, hacer difícil la comprensión de lo que se quiere manifestar.

Por otro parte es bien sabido que lo simple para uno, puede ser muy compuesto para otro. De lo que se trata es de que cada cual medite y saque consecuencias eficaces sobre no importa qué proposición de altura.

Si un día llegásemos a la conclusión de que entre los medios afines libres no existía manera de lograr una efectiva armonía de conjunto, podríamos estar seguros de que no habría ninguna posibilidad de transformación social, de puesta en práctica de ningún idealismo humano. Las únicas desarmonías posibles entre afines no pueden ser otras que las del momento ingrato, las que tienen tendencia a mirar las cosas sobre puntos de mira distintos, pero en el fondo básicamente iguales. Un crimen será siempre un crimen para cualquier idealista que lo mire; pero un crimen puede ser una virtud para el juez que necesita destacar y defender ciertas reglas establecidas para la convivencia entre explotadores y explotados, pongamos por ejemplo. Para el nazifascismo peninsular el garrote vil aplicado a Granados y Delgado, no hace mucho tiempo, significa la defensa absoluta de una supuesta «virtud» dominatriz que favorece a las castas del poder y la riqueza acaparadas, pero ese inmenso crimen no puede dejar de serlo para cuantos tienen una idea humana y alta de la sociedad y del hombre que la compone. Así con todo: Los afines, en casos de ésa — y de cualquier otra naturaleza —, no pueden evitar, so pena de hundirse a sí mismos en la inacción y en la nada, sentir el repudio mayor contra semejante derramamiento de sangre inútil de inocentes. Si en un tal caso u en otro semejante, por pequeñas o al parecer grandes detalles circunstanciales, los afines pierden armonía de relación y de sentimiento, entonces puede afirmarse que no actúan como seres humanos sino como máquinas que alguien conocido u oculto dirige y presiona para hacer posible la más nefasta confusión en el campo de la libertad.

Los puntos de vista de los hombres y mujeres idealistas, conscientes y consecuentes consigo mismos y con los ideales que dicen sustentar, tienen que ser diferentes, y no necesitan de ninguna manera ser absolutamente iguales para llevar adelante la justicia de su causa que sólo podrá tener un porvenir venturoso desde el momento que sepan mantener la afinidad armónica que requieren las esencias más puras de la vida en sociedad para surgir como flores y frutos en medio del estercolero sostenido por los instrumentos mortales del autoritarismo. No hay que olvidar que sólo en la base de la conciencia idealista se sustenta la posibilidad de prosecución factible de llegar a realizaciones efectivas en el seno de la sociedad. ¿Cómo sería pues posible asimismo la cerrazón mental de quienes se empeñan o parecen empeñarse en lograr que todo y todos se muevan al unísono con los latidos de su propio corazón, a sabiendas de que el corazón de los otros también tiene su propio ritmo y que no por ello ha de

ser causa de desarmonía cierta entre el conjunto idealista?

Está fuera de toda discusión que no puede haber armonía entre autoritarios y libertarios. Pero sí puede y tiene que existir entre autoritarios por un lado y libertarios por otro. Cada tono que desarmonice en su propia textura debe cambiar de sitio; si no lo hace rompe el ritmo, la melodía y la total ejecución. Es algo así como un quiste sinfónico que se hace imprescindible extirpar. Cualquier pretendido libre que empañe la armonía de la libertad con un acorde autoritario, mientras permanezca, destruye toda posibilidad ejecutoria. Del mismo modo, cualquier autoritario que se destape rebelde al yugo que lo domina, pasa a ser cincel demoledor del edificio de la esclavitud. Eso es fundamental; es innegable y no hay forma de afinarlo. Es un obstáculo para su propio campo de acción, es partícula que impide el verdadero desarrollo de su propia planta. De la planta a la cual cree digna de su ubicación. Pero en tanto el individuo afin no desarmonice con esa esencia que

lo realiza y lo conforma, nadie tiene derecho en justicia a demostrar con él, a restarle simpatía, a producir un desapego que en el mejor de los casos sólo lograría ir socavando el terreno dentro del cual sus firmes convicciones se desarrollan al unísono con los de su rango.

No es el presente un problema difícil ni mucho menos. Está bien claro para quien quiera que lo medite por su cuenta y desee llegar a conclusiones afirmativas y procedentes. Los que se empeñan en resolver las materias, las esencias y las notas o tonos de esta armonía posible y efectiva entre quienes ansian un mundo y una humanidad feliz, o bien estarían ciegos o representan partículas lanzadas y sádicamente dirigidas como cortantes piedras por manos ocultas tras el telón de la inconsciencia y de la maldad, contra la fortaleza de la dignidad humana puesta de manifiesto desde el día mismo que un ser humano dijo: ¡No más esclavitud! Y pronunció las palabras justicia y libertad para todos y cada uno en el seno de una sociedad de iguales.

El deporte como arte y desarrollo

Por MARIN (Entusiasta de CENIT)

En este artículo hemos tratado de analizar los problemas planteados por un hecho moderno. El deporte nos ha parecido uno de los problemas nuevos de nuestra época. Su éxito en las masas nos ha incitado a este análisis. Pensamos que el deporte puede constituir una de las bases de esta cultura nueva que todos anhelamos.

«Deploro pertenecer a una generación que desconsideró el deporte... En las asignaturas intelectuales, las reglas impuestas a los juegos del espíritu son cercanas de las impuestas a los juegos del estadio.» (P. Valery.)

El deporte conoció una gran fama en el mundo antiguo griego. La ciudad de Olympia atraía cada cuatro años a todos los campeones de la península

y a la muchedumbre de espectadores venidos a presenciar esta gran lucha. Al vencedor ofrecían la corona de laurel, signo de inmortalidad, recompensa que premiaba también al poeta. Eso ya es un signo de la importancia y del valor que los griegos atribuían a estos juegos. El francés Pierre de Coubertin reanudó esta tradición dos milenios después, exactamente en 1896, fecha de los primeros juegos olímpicos de la época contemporánea. Tuvo lugar en Atenas.

La importancia del deporte crece cada día más. Los medios de información actuales han contribuido mucho a esta popularidad. Basta recorrer un diario para averiguar que el hecho deportivo y el hecho político o social vecinan. La Vuelta a Francia eclipsa a los acontecimientos más importantes que puedan ocurrir en el mundo.

Esta importancia nadie la discute, pero su valor sí. Unos lo ensalzan, mientras los demás lo consi-

deran como casi una degeneración humana. ¿Dónde está la verdad? Se dice a menudo que la verdad está en el medio, pero eso no es contestar a la cuestión; así que trataremos de explicar qué es el deporte y cuáles son o pueden ser sus valores, a juicio nuestro.

Como una sociedad cualquiera, un equipo deportivo es un mundo organizado; mundo que no tiene en cuenta las clases sociales. Cada individuo ofrece lo mejor de él mismo para que el equipo tenga el sumo rendimiento. Así vemos que cuando el equipo está reunido, es decir cuando este mundo de tamaño menor funciona lo hace por encima de las diferencias sociales. Los laudatores del deporte han adelantado siempre este hecho: que el médico, el obrero, el campesino ceñidos de la misma camiseta no se distinguen. Eso para un espíritu libre es la imagen misma de una sociedad justa.

Pero aquí surge un problema fundamental. Este momento de libertad ofrecido en el campo de deportes ¿nos será dado simplemente para saciar nuestra necesidad de libertad, o al contrario, podrá ser la chispa que despertará al hombre permitiendo su liberación? El verdadero deportista padecerá de una organización del trabajo en la cual el que quiere trabajar no lo puede siempre porque esta organización está lejos de ser tan justa como la de un equipo deportivo en la cual ninguno de los participantes se enriquece en detrimento de los demás. En resumidas cuentas el deporte ofrece a la vez los medios de combatir la enajenación del trabajador y las de ocultarla, es decir agraviarla. El deporte presenta este dilema al educador: servir a la juventud o sujetarla. El deporte puede ser puesto al servicio del humanismo, es decir servir el culto de la libertad mediante el enriquecimiento de la participación social o al contrario arriesga orientar al adolescente hacia un animalismo que adula y desarrolla sus peores tendencias regresivas. La práctica del deporte ofrece a unos deportistas, el medio de volver a encontrar su dignidad humana mientras los demás se enajenan en su práctica. Eso depende del carácter del atleta y aún más de los dirigentes y otras personas que tienen por misión el encuadrar a estos jóvenes. El deporte como toda actividad humana depende de los esfuerzos de cada uno, sólo será lo que le harán los aficionados.

El deportista no se puede separar del deporte. Hay entre los dos, una serie de acciones reciprocas. El atleta da al deporte sus valores morales, ahora vamos a elucidar lo que el deporte trae al hombre. Ante todo es un medio de conocimiento de sí mismo. Aquí, uno no puede engañarse, conoce sus límites. Aprende a conocer su cuerpo, a dosificar sus esfuerzos para llegar bien a la meta. Eso ya pide un trabajo del espíritu. Obliga al hombre a domar su cuerpo para que obedezca de un modo armonioso

y eficaz. Así se ha comprobado estadísticas en mano que un obrero manual practicando deporte tiene una adaptación más grande y más rápida a su trabajo. Una nueva forma de aptitud o de inteligencia se ha desarrollado en esos sujetos. Adaptación al trabajo significa adaptación social. El esfuerzo que nos enseña nuestros límites nos permite reconocer el valor de los demás. Esta lucha leal nos da el respeto al ajeno, sea cual sea su valor. Este sentimiento de respeto al prójimo alcanza al conocimiento del hombre como ser único que la cultura debe darnos.

¿Pero, dirá la gente, para que sirven tantos esfuerzos? La primera reacción es sonreír. ¿Qué contestar a tal pregunta? si el que pregunta no ha comprendido que el deporte es una de las cosas inútiles que hacen que la vida valga la pena de ser vida? Nos serviremos aquí de un texto de Th. Maunier: «El deporte es inútil. Inútil como todo lo que ayuda a tolerar la vida, justifica la vida, ennoblece la vida. Inútil como el juego, porque es juego. Inútil como la poesía. ¿Para qué sirve la poesía?»

Aquí tocamos a la esencia del deporte que es juego. Eso implica un rasgo fundamental que es su gratuidad. Por eso el profesionalismo nos parece una traición de esta idea cada vez que la noción de juego es infringida. El deporte por sí mismo es su propio fin. Debe guardar siempre su carácter natural y su espontaneidad. Al mirar dos chicos desafiándose para saber quién llegará primero al árbol cercano se comprende la esencia misma del deporte. Para el verdadero deportista este esfuerzo llega a ser un medio de expresión y por eso viene a ser una necesidad. Corriendo en el arenal, entre peñas, en sendas, en unión perfecta con la naturaleza que les rodea, se les verá una expresión de fervor en el semblante, se parecen a verdaderos místicos.

El deporte y el arte tienen muchos rasgos semejantes. Los dos obran en una total gratuidad, en ambos el hombre se encuentra con su propia soledad. El artista como el deportista olvidan el tiempo y no son más que lo que hacen.

Hemos tratado de ver los problemas más importantes que plantea el deporte. Estamos seguros que puede desempeñar un gran papel en la liberación del hombre. Pero necesita de todos un esfuerzo continuo porque puede caer muy fácilmente en un animalismo que favorece al enajenamiento de los seres. En el mundo moderno permite al hombre guardar el contacto con la naturaleza y con él mismo. El mejor cumplimiento que se le pueda hacer, se encuentra en estas palabras escritas por Giraudoux: «Por donde pasa el deporte, aunque sea en los centros mineros o industriales, crece el césped más túpido de la nación.»

El paleta perfecto es el que no se asombra de nada; ni aún de su propia estupidez.

EL 15 DE OCTUBRE DE 1940

moría fusilado el presidente Luis Companys...

NO LO OLVIDEMOS

Por DOMENEC DE BELLMUNT

El 15 de octubre de 1940 caía fusilado en Montjuich Luis Companys. No lo olvidemos. Y moría gritando: «¡Por Cataluña!» Y descalzo, para tocar en aquella hora trágica la tierra catalana que tanto amó.

En el 26 aniversario de su muerte el mejor homenaje que podemos rendir a su memoria es el de evocar su personalidad, su obra y las circunstancias que le llevaron ante el pelotón fascista de ejecución.

¿Quién fue Luis Companys? Un luchador, un idealista, un defensor de la libertad y de la justicia social. Diecinueve veces encarcelado, pasó más tiempo de su vida en las prisiones que en libertad.

Había nacido en el Tarrós el 22 de junio de 1873. Tarrós: que quiere decir terrón, terruño. Familia de payeses, de trabajadores de la tierra. La obra capital de su vida será la de luchar por la emancipación del «rabbassaire» y la de participar en el Parlamento español en la elaboración de la reforma agraria. Desde su adolescencia comparte sus luchas por la libertad y la justicia social con dos compañeros que también caerán asesinados: Layret y Salvador Seguí.

Durante la dictadura de Primo de Rivera conspira con los republicanos, los liberales antidinásticos y los sindicalistas para precipitar la caída de la Monarquía. Y en 1931 se une a Macià y a la izquierda catalana, de la cual será el jefe de minoría en el Parlamento de la República. Desde su escaño de las Cortes y en los trabajos de las comisiones defiende valientemente y artículo por artículo el Estatuto de la Autonomía de Cataluña.

No ha sido nunca un catalanista lírico de Juegos Florales y barretina folklórica. Pero ha sido el político catalán que más ha luchado (y con más eficacia) para atraer las masas obreras, del campo o de la ciudad, hacia la defensa de las libertades catalanas, destruyendo así el mito que tanto mal había causado al catalanismo: el de ser una plataforma política de la Lliga Regionalista y del capitalismo catalán. Porque desgraciadamente es un hecho histórico que durante la dictadura de Primo de Rivera la burguesía catalana (la de la Lliga) sostuvo al dictador como antes de 1923 había sostenido a Martínez Anido y Arlegui los asesinos de Layret y de Salvador Seguí (y de tantos otros luchadores sindicalistas). Los regionalistas, sin embargo, no tenían el monopolio del amor a Cataluña, pues el verdadero catalanismo se encontraba mejor representado por los republicanos catalanes del Poble Català y por los intransigentes idealistas de la Unió Catalanista. Por eso Companys, Junto con Macià, pudo probar a las masas obreras que no eran incompatibles los ideales de justicia social y de las libertades catalanas. Su vida ejemplar era una garantía de lealtad y de nobleza.

A la muerte de Macià, el pueblo de Cataluña le lleva a la presidencia de la Generalidad. Y con gran dignidad, con elevado sentido político, asegura la difícil sucesión del «Avi», el venerable abuelo que había galvanizado a las masas catalanas.

Companys es el presidente popular al que medio Cataluña tutea. Quiere dar a su país un contenido social substantivo, eficaz, pero debe luchar con dificultades improbas no

solamente en su tierra (en donde los hombres de la Lliga se dedican a boycotear la ley agraria catalana), sino también en el frente español, en donde las derechas de Gil Robles, vencedoras en las elecciones de 1933, comenzaban a destruir la obra democrática realizada por las Constituyentes de la República.

Y llega el 6 de octubre de 1934 con las tragedias de Asturias y de Cataluña. Y el encarcelamiento de Companys con todo su gobierno, su proceso, su reclusión en el Penal del Puerto de Santamaría. Y el despertar del pueblo, unido de nuevo, como en 1931, en febrero de 1936, haciendo triunfar las candidaturas de las izquierdas y abriendo las puertas de las cárceles españolas a miles de republicanos.

Desde aquel momento, las derechas españolas, secularmente representadas por las tres fuerzas (la espada, la sotana y la caja de caudales) se unen estrechamente para dar la batalla a la República, vencedora lealmente en las urnas. Y buscan la alianza de Hitler y de Mussolini, es decir, del fascismo internacional, para atacar al pueblo español. Y viene el alzamiento militar del 19 de julio de 1936. Y la guerra con su millón de muertos.

La guerra «provisionalmente» perdida por los republicanos, aplastados bajo el hierro y las bombas del fascismo.

La actitud de Companys durante la guerra es un ejemplo de abnegación, de lealtad y de valentía. Visita los frentes, sale a la calle, transforma con Terradellas la industria catalana de paz en industria de guerra, lucha sin cesar y no abandona su patria

hasta que el último combatiente ha pasado la frontera.

Acogido al derecho de asilo, como todos los refugiados, se retira a La Baule y allí irán a detenerle los policías de Falange, del brazo de los esbirros alemanes de la Gestapo. Y después de unos días de detención en la cárcel de París y una escala en la de Burdeos es conducido a Madrid por una escolta de policías falangistas al mando de Urraca, jefe de la Policía de la Embajada, y de otro policía llamado Monzón.

En Madrid es maltratado en los calabozos de Gobernación, y después trasladado a Barcelona para ser encarcelado en las mazmorras del castillo de Montjuich, en donde el 14 de octubre de 1940 se celebrará un simulacro de consejo de guerra sumarísimo presidido por el general Manuel González González, y formado por los generales de brigada Calco Conejo, García Rivera, Giménez Sáenz, Latorre Roca e Irigoyen Torres. Como fiscal actuaba el auditor Enrique de Querol Durán y como ponente el general coronel Velázquez.

La sentencia ya la tenían hecha antes de juzgarle por «rebelión militar» (!) y condenarle a morir fusilado. Al día siguiente, el 15 de octubre de 1940 (no lo olvidemos) a las seis y media de la mañana Companys comparece ante el pelotón de ejecución, renuncia a que le tapen los ojos, se descalza y antes de morir grita: «¡Por Cataluña!»

«¡Por Cataluña!», en sus labios, quiere decir por la justicia, por la

libertad, por la dignidad y el bienestar del pueblo catalán.

Los falangistas, españoles representantes seculares de la anti-España retrógrada, clerical, oligárquica, unitarista y centralizadora, creyeron que fusilando al presidente Companys destruían el alma de Cataluña, aniquilaban el ideal de libertad, quemaban la semilla y las raíces. Que substituyendo las banderas republicana y catalana por la roja y gualda de los Borbones y el «Himno de Riego» y «Els Segadors» por el «Cara al Sol» y la «Marcha Real», ya estaba todo consumado, Cataluña sembrada de sal, la Generalidad enterrada y el nombre de Companys olvidado para siempre.

Esto demuestra que, además de perversos, son burros, (con perdón de los simpáticos cuadrúpedos) porque la biografía del presidente mártir no acaba, ni mucho menos, el 15 de octubre de 1940, sino que aquel día empieza una nueva carrera maravillosa de resurrección y de prestigio que, como al Cid, le hará ganar batallas después de muerto. Porque Companys, el nombre de Companys, la sonrisa afable de Companys, la bondad de Companys, la obra de Companys y su muerte gloriosa, están en el alma y en el corazón de todos los catalanes y de los republicanos españoles amantes de la justicia y de la libertad.

Porque todos sabemos que un día, dentro de un año o de diez o de veinte, que eso no tiene importancia, la estatua de Companys se alzará en

lo alto de la montaña de Montjuich y en todas las plazas de los pueblos de Cataluña. Y que entonces su sangre generosa habrá fecundado su patria y la justicia habrá triunfado reparando ante la historia el crimen que fue su muerte. Un crimen que no ha sido todavía juzgado ni vengado y que constituye la vergüenza de las Naciones Unidas, de la Carta del Atlántico, de las democracias occidentales y orientales, del Tribunal de Nuremberg y de todos los hombres de Estado dichos de la postguerra.

(El asesinato de Companys es un crimen contra la ley moral, contra la ética universal, contra el derecho de gentes y una violación flagrante del derecho de asilo y de los tratados vigentes de extradición.)

Y aquí, en CENIT, que me presta hospitalidad para estas líneas, puedo añadir lo que no pude decir en mi tesis francesa de Doctorado de Derecho, en la que pruebo jurídicamente que Franco es un criminal de guerra que debía haber sido juzgado por el Tribunal de Nuremberg por muchos crímenes, pero especialmente por el asesinato de Companys. Y es lo siguiente: que no habrá justicia internacional, ni democracia internacional, ni Europa Unida, ni paz auténtica en el mundo, mientras no sean reparadas las injusticias cometidas por unas Naciones Unidas que sostienen a Franco y que con su actitud falsa, hipócrita y asquerosa, dan náuseas y ganas de vomitar.

Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas. A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es lo único que nos interesa: al hombre en todos los sentidos de la palabra: al hombre ingénere y al hombre individual, al hombre esencial y al hombre empíricamente dado a circunstancias de lugar y de tiempo, sin excluir al animal humano en sus relaciones con la naturaleza. Pero el hombre masa no existe para nosotros. Aunque el concepto de masa pueda aplicarse adecuadamente al hombre, porque esa noción físico matemática no contiene un átomo de humanidad. Perdonad que os diga cosas de tan marcada perogrullez. En nuestros días hay que decirlo todo. Porque aquellos mismos que defienden a las aglomeraciones humanas frente a sus más abominables explotadores, han recogido el concepto de masa para convertirlo en categoría social, ética y aún estética. Y esto es francamente absurdo. Imaginad lo que podría ser una pedagogía para las masas. ¡La educación del niño masa! Ella sería, en verdad, la pedagogía del mismo Herodes, algo monstruoso.

Antonio MACHADO

SOCIEDADES DE NACIONES

Por VICENTE ARTES

DESPUES de la Gran Guerra (1914-1918) surgió un organismo internacional denominado Sociedad de Naciones, que, precisamente por ser «de Naciones» fracasó rotundamente en todas sus empresas pacificadoras y desarmamentistas porque los pueblos propiamente dichos no estaban asociados a dicha institución con la aportación de sus respectivos problemas económicos, políticos y sociales.

A dicha Sociedad acudieron con sus carteras de divisas las grandes firmas comerciales e industriales; los complejos bancarios; los «marchands de canons»; los Estados Mayores de los Ejércitos asociados y la tecnocracia del cambalache colonial y opresora de los pueblos donde el hambre y la miseria tenían carta de naturaleza.

Europa estaba completamente balkanizada, dividida en sectores de influencia política; un nudo de naciones se ahogaba en la propia salsa de su espacio vital sin más horizontes que dirimir sus mezquinos problemas internos y sus querellas de campañario. Voces que clamaban en desierto y caían en el más sordo de los abismos pedían la Federación de Europa en un compacto bloque de intereses políticos y sociales, porque la sangre derramada en los campos de batalla exigía un esfuerzo común de buena voluntad. Pero esa buena voluntad no existía en ninguna parte, porque el «estado de cosas» exigía la continuidad ambiental de los clanes bien hallados en el mundo de los negocios, de la diplomacia y de la política.

Cuando más Conferencias del Desarme se celebraban más armas salían de las fábricas de artefactos homicidas que después de haber sido ensayadas en los bancos de pruebas técnicos propiamente dichos, eran experimentadas en los bancos de prueba «en carne viva» en los múltiples conflictos que se sucedían y que la Sociedad de Naciones era incapaz de evitar. El primer banco de pruebas de importancia considerable fue la Guerra de España — nuestra guerra — hecho comprobado por los propios inventores de la «No Intervención». Allí acudieron con sus prototipos y su material de línea las naciones interesadas en la fabricación en serie de modernos modelos de combate y destrucción. La Sociedad de Naciones recibió su acta de defunción en los campos de batalla de la Península Ibérica donde el organismo de Ginebra quedó hecho añicos, por su ineficacia manifiesta.

Pasada la Segunda hecatombe mundial otro organismo salió de las ruinas de Hiroshima y Nagasaki: la O.N.U., segunda edición corregida y aumentada de la primera. (Nunca segundas partes — dicen — fueron buenas). Esta segunda edición se ha manifestado, además de ineficaz, detestable.

Los nuevos nacionalismos fomentados y que han surgido en cada Continente, especialmente en África y Asia son un foco de discordias y de guerras de sector desbordando los bien pagados servicios de la O.N.U. y su flamante Consejo de Seguridad, cuyas instituciones de origen se encuentran al borde de ser enterradas vivas por sus propios creadores.

La congolización de los conflictos se sucede a un ritmo acelerado. La tragedia del Viet-Nam y las que diariamente se ven surgir en todas partes, representan un lastre excesivo que hará zozobrar la desvencijada nave de la O.N.U. en cualquier escollo de su peligrosa ruta.

Mientras escribimos estas cuartillas, la prensa diaria nos informa que M. U. Thant, rehusa el renovar su mandato como Secretario General de la O.N.U., alegando como uno de los motivos fundamentales la impotencia del Organismo Internacional delante de un conflicto como el del Viet-Nam. Y añade: que la guerra del Viet-Nam, por su misma crueldad y los sufrimientos que causa a su pueblo es un reproche constante dirigido a la conciencia de la humanidad. La presión de los acontecimientos lleva, inexorablemente, a una mayor conflagración, mientras que los esfuerzos desplegados para amortiguar estos peligros son desastrosamente lentos.

M. U. Thant, a nuestro juicio, sigue la misma trayectoria de hombre de buena voluntad que la que costó la vida al Presidente americano Kennedy. U. Thant, cuya traducción en francés significa «Monsieur Clair», como su nombre indica, no está dispuesto a continuar siendo cómplice de la impotencia y la hipocresía manifiesta de los hombres de Estado que representan en la O.N.U. los intereses de los mercaderes y fabricantes de armas. Sucedió en dicho cargo, en 1961, a M. Hammarkjoels, muerto en un accidente de aviación en el Congo-Leopoldville, cuyas causas técnicas aun no han sido puestas en claro.

El, ha intentado por todos los medios entablar francas negociaciones entre las partes contendientes y su primera desilusión data de una tentativa organizada por él en 1965 en Rangoon entre repre-

sentantes de Hanoi y Washington y que fue obstaculizada por la posición negativa de M. Rusk. Porque en realidad, la O.N.U. sólo está compuesta por las grandes Potencias: Estados Unidos, U.R.S.S., siguiéndoles en influencia Inglaterra, Francia, Italia, etc. Las demás naciones sólo representan un pistón de menguado calibre. Las pequeñas potencias no han sabido actuar con la armonía de David derribando al gigante Goliat, como le respondió el representante de Filipinas al coloso Soviético en una de las acaloradas sesiones en donde se incubaba la actual ineficacia del Organismo de Estados Reunidos.

Y no son sólo los Estados Unidos en donde se incubaba la futura guerra cuyos desastrosos resultados son incalculables. Después de un viaje a Moscú, M. Thant, perdió su natural serenidad ante los conflictos que desbordan el área de su secretariado: «Mis conversaciones con los dirigentes Soviéticos han confirmado mis temores — yo siempre lo he pensado — de que la guerra del Viet-Nam puede degenerar en un conflicto mayor.»

La posición de la China es irreductible y decidida a sacrificar parte de la inmensa densidad de sus habitantes para hacer frente a la «escalada» americana, a pesar de la aparente neutralización que representa la Unión Soviética delante de los problemas internos de los Partidos Comunistas en Asia y en Europa. La China Comunista no se encuentra

suficientemente garantizada con los 50 km. de zona neutral trazados entre el Viet-Nam y la China en donde ningún avión tiene el derecho de penetrar, pero... por otra parte M. Rusk, ha declarado que la zona desmilitarizada del 17º paralelo podrá no ser respetada por las fuerzas americanas. ¡Qué ilusiones se pueden formar los pueblos con los hombres de Estado que les representan! El propio M. Cabot Lodge, quitándose la caretita, sobre los «derechos» de Washington o Saigon, ha dicho simplemente: «En este asunto, la cuestión de Derecho es una cosa secundaria.»

¿Para qué queremos más comentarios?... Los que fabrican los Códigos y los Derechos se retractan constantemente, burlan las leyes fabricadas, usurpan los Derechos del Hombre con un cinismo desconcertante, convierten sus propias banderas y estandartes en vulgares aljofifas y los Parlamentos, Congresos y Conferencias en Patios de Monipodio donde los profesionales de la política campan como vulgares vividores dentro de los turbios medios de las instituciones oficiales bajo el denominador común de Estados constituidos. La cosa pública, los intereses generales de los pueblos que pretenden representar quedan maltrechos dentro de un monstruoso caos de vulgares intereses partidistas de las clanes que por astucia o por audacia han asaltado el llamado Poder en la inmensa Isla de los Pingüinos del mundo que vivimos.

A los artistas y reformadores de oficio
convendría advertirles:

Primero. Que muchas cosas que están mal
por fuera, están bien por dentro.

Segundo. Que lo contrario es también
frecuente.

Tercero. Que no basta mover para renovar.

Cuarto. Que no basta renovar para mejorar.

Quinto. Que no hay nada que sea
absolutamente impeorable.

Antonio MACHADO

La vida y los libros

VEINTE AÑOS

EN 1946, los **Cuadernos** volvieron a la vida. El número de la nueva serie aparecía como suplemento a los **Cuadernos de la Isla** de nuestro amigo Camille Belliard. Se había ofrecido en aquel período difícil para las publicaciones. Tampoco debemos olvidar que al mismo tiempo se había prometido a los «Amigos» la edición, en la **Amistad por el Libro de Frente al Público**. Los primeros abonados lo recibieron al fin del año. Teníamos entonces 180 adherentes.

Si quisiéramos inscribir y comentar los acontecimientos fastos y nefastos de estos veinte años, no bastaría el presente cuaderno entero. ¿Inscribir a nuestros muertos? Son casi 300 nombres en la recordación. ¿Cuántos desplazamientos y direcciones perdidas! Para volver a encontrar el contacto, después de la guerra, y la edición, en 1941, en la APLL, del **Florilegio de Parábolas y de Ensueños...** Desde el segundo trimestre, en 1946, encontrábamos un impresor en Bauvais, pudiendo así dar regularmente textos; de 46 páginas iniciales podíamos pasar a 32 páginas, siempre demasiado reducidas para la abundancia de materias a someter a los amigos, a los investigadores, y a los historiadores de la literatura. Desde 1957, encontramos 300 contribuciones anuales, lentamente sobrepasados desde entonces. Aún no hemos alcanzado las 400 cotizaciones regulares indispensables para nuestro equilibrio presupuestario — sobre el millar de nombres que han podido ser inscriptos —.

Del Comité de Honor primitivo, sólo queda entre nosotros Raymond Duncan quien, en 1939, había publicado el primer Cuaderno. Desaparecido nuestro presi-

dente de Honor, después de Rosny el mayor: Léon Frapié; nuestros presidentes Florian-Parmenier, Banville d'Hostel, Gérard de Lacaze-Duthiers, Charles Baudouin...

Cada trimestre, un Cuaderno anuncia una reunión. Irenée Mauget albergaba primero a los «Amigos» en su Casa de los Intelectuales. Luego nos ofreció Fernand Pignatelli la hospitalidad en la calle Logelbach. En 1952, nos establecimos en el subsuelo del café de la Gare, hasta que en fin, la Sociedad religiosa de los Cuáqueros nos reservó su calmo refugio.

Pero, ¡cuántas otras manifestaciones! En 1947, el 3 de noviembre, para festejar la reaparición de **La Torre de los Pueblos**, en la Sala Susset, una gran reunión con E. Armand. Sesiones poéticas debidas a Suzanne Gonnell, en donde tuvimos la revelación de la joven Pascale de Boysson. El 7 de mayo de 1950, grande y bella mañana en la Schola Cantorum en donde el verbo poético y dramático de Han Ryner vivía por la gracia de Louise Autant-Lara, Simone Gay, Jane Hyrem, Claire Marly, Claude Villon, Paul Barthot, Elie Broïda, Leo Champion, Emile Drain y Raymond Offner. Con la presidencia de honor de Jean Rostand, que se ha vuelto nuestro actual presidente, en las Sociedades Savantes el 26 de febrero de 1954, los testimonios ardientes de Hem Day, Aristide Lapeyre, Maurice Laisant y Louis Simon estaban dedicados a nuestro «filósofo antiautoritario», y una exposición rica de documentos se sometía al público. En 1958, siempre con el patronaje de Jean Rostand, el **Premio de los Bouquinistes** se otorgaba a la obra ryneriana, y especialmente a **El hombre hormiga**. En 1961, para el centenario del nacimien-

to de Han Ryner, las ceremonias, en la Sorbonne. En 1963, para el vigésimoquinto aniversario de la muerte de Han Ryner, emisión radial de **La Belleza**.

Casi cuarenta grupos y círculos en donde, por varias veces, se estudia al principio de los narradores. Más de 150 conferencias. Millares de artículos en varios centenares de revistas y diarios. En nuestros cuadernos, 300 artículos de Han Ryner, 90 colaboradores, 150 autores reproducidos o publicados.

El primer objeto de nuestra acción era realizar la publicación de las obras póstumas de Han Ryner. Fue un libro poco conocido aún, **Frente al Público**, el que abrió la publicación de después de la guerra. Salido gracias a la APLL, contiene algunas de las más potentes conferencias conservadas del maestro del verbo, repletas de pensamiento en su variedad de tono. Luego, en 1950, en Messein, salió **Juana de Arco y su Madre**, libro brillante y sensible, hecho para el más vasto de los públicos. En 1954, el inolvidable adiós de Joseph Maurelle: **La Muerte de Han Ryner**, prefaciada por Georgette Ryner, uniendo a la emoción y a la ternura, el preciso y profundo conocimiento del pensamiento del amigo.

Una continuación de recuerdos. En 1956, la infancia: **Me llamo Eliacin**; en 1957, la adolescencia: **...A las Hortigas**; en 1958, **El Surco Perfumado**, todo ardiente de amor por Jacques Frehel (Alicia Telot), alma noble y alta, artista única. En 1959, restituyendo **La Sabiduría** riante agotada desde hacía veinte años, nosotros dábamos **La Risa del Sabio**, en donde irradiaba la ética de un hombre libre. En fin, para el vigésimo quinto aniversario de

la muerte de nuestro querido desaparecido, APLL publica en 1963 la obra testamentaria: **Las Grandes Flores del Desierto**, testimonio sobre el dulce poverello (pobrecito) de Asís, libro de luz que no parece ha de ser comprendido en nuestro presente amenazado, como hace treinta años cuando Han Ryner sentía venir catástrofes y desasosiegos.

Algunas reediciones en estos veinte años, con estas ocho publicaciones. la inmensa **Torre de los Pueblos**, gracias a la intervención de nuestro bien querido y gran Charles Baudouin, aparece en 1947, en el «Monte Blanco». En 1947 aún, en «El Hombre y la Vida» y al más módico de los precios, **Los Viajes de Psicoduro**. En 1952, en «Las Bellas Lecturas», **El Hombre Hormiga** es presentado por Vicent Muselli.

Traducciones: **Piccolo Manuale Individualista** (Pequeño Manual Individualista), Milán, 1949; **Il Crepuscolo di Eliseo Reclus**, 1964, **Storicita di Gesù** (Historia de Jesús), 1965, los dos traducidos por J. Mascii. En 1956 y en Tokio: **La Esfinge Roja** por Kuni Matsuo; 1956, **La Grecia Libertaria** (El Individualismo en la Antigüedad) por V. Muñoz. En 1961 y en Río de Janeiro, **O Quinto Evangelho** (El Quinto Evangelio); en 1965, **Hasta el Alma**, por Costa Iscar.

Números especiales sobre Han Ryner: **Quo Vadis** en 1948, **Europe** en 1961, **Pensée et Action** en 1963. Capítulos sobre Han Ryner en **Luz de Occidente** de Suzanne Gonnell, Eugen Relgis en **Doce Capitales**, André Respaut le incluye en su libro sobre federalismo, y también André Lorulot le estudia. Por su parte, en hebreo, H. Fenster, escribe un folleto sobre él; y Stephen Mac Say, en **El Cuento**, 1965 le estudia.

Tal es el rápido balance del trabajo realizado.

¿Existe una vigencia de Han Ryner?

Nosotros sabemos que los Cuadernos son leídos y apreciados, y que constituyen una imponente colección de documentos. No es éste el lugar ni el momento de creer nuestro esfuerzo terminado. Quedan fragmentos, curiosidades, confesiones, correspon-

dencias, conferencias, una masa de inéditos. Obras póstumas considerables. **Los Monos que Danzan**, anunciados desde 1912, novela picaresca del siglo II de nuestra era; una muy curiosa y nueva obra sobre **Juana de Arco** aún; **Diálogos de la Guerra**, la publicación integral de **Mi Hermano Emperador** que, en 1937, apareció ligeramente mutilado en la «Patria Humana» — novela-folletón de capa y espada que **La Humanidad** publicó en 1917: **Las Manos de Dios** —; el segundo volumen de las obras oratorias, y muchas otras cosas aun, testimonian una curiosidad siempre renovada sobre Han Ryner y su prodigiosa labor.

Débase prever que Han Ryner al tomar por fin su lugar de escritor clásico y de filósofo original, una edición de sus obras completas sea realizada. Pero ante todo, una reedición de las obras completas reclamadas por los jóvenes amigos nuestros, y que todos los que ignoran hasta el nombre de Han Ryner descubrirían asombrados que libros así hayan sido pasados por alto, por un público que lee desde hace medio siglo: **El Quinto Evangelio**, **Las Parábolas Cínicas**, **Las Verdaderas Pláticas de Sócrates**, **El Hombre Hormiga**, **Los Cristianos y los Filósofos**, **Las Apariciones de Ahasvero**, **El Hijo del Silencio**, **Los Pacíficos**, **Un Nuevo Diógenes**, obras notables que es casi del todo imposible procurárselas.

Esperamos la puesta en escena por un joven osado de **Hasta el Alma**, ¡**Viva el Rey!**, **La Vibora**, **Los Esclavos**, **La Belleza...**

Se debería publicar un índice general de los Cuadernos, ya indispensable para los investigadores. ¿No sería también necesario un repertorio completo, el «Libro» de los Amigos?

Cada uno debe decidirse a empuñar el bastón simbólico del peregrino para hacer conocer, para hacer leer a Han Ryner. Cada uno debe hablar, él mismo, para él mismo, para la amistad viviente, que revela un amigo nuevo y un hombre que se realiza. Nosotros no nos confinamos en una admiración celosa y muda. Un amigo no tiene miedo en perderse

celebrando la belleza fraternal del pensamiento, de la forma, de la obra del gran amigo. Quiere encontrar la emoción gemela al descubrir las diferencias maravillosas que componen la armonía humana. Tiene el valor de encontrarse y de decirse, y la discreción precisa que permite la espera. Sabe que cuanto más numerosos seamos los amigos verdaderos de Han Ryner, más buscaremos a ser por nuestra cuenta hombres verdaderos, y más crecerán las posibilidades de la humanidad. Encontremos alrededor de nosotros los que pueden, muy simplemente, ser de los nuestros. Basta con quererlo y tomarse el tiempo para ello. No es una vulgar «propaganda» lo que sugerimos, sino un despertar. Insistid, explicad. Nosotros os suministraremos los documentos. Publicaremos una noticia neta y tan simple que pueda ayudar a vuestra exploración. Pedidnos boletines de adhesión. Esparced los libros disponibles: ¡no faltan las bibliotecas que carecen de un autor como Han Ryner! Dadnos direcciones.

Es ya tiempo. Nuestras fuerzas son limitadas. Tenemos necesidad de un aporte nuevo y vivaz. Pedimos insistentemente a cada amigo el no adormecerse. ¡Qué ejemplo para nosotros el de Han Ryner, en la aurora de sus 77 años, pensando en un renacer de su espíritu, y proyectando obras que no repetirían a las ya realizadas! ¡Aquel invierno de 1938 en el cual fue abatido, en plena labor intelectual, no estaba en su corazón siempre palpitante!

Siéndole fieles en amistad, y siendo nosotros mismos, aquella frase de un dramaturgo español: **Ganar Amigos**, hagámosla nuestra.

Louis Simon



La frase citada en español, viene en nuestro idioma en el original. Entre las traducciones de Han Ryner realizadas a nuestro idioma cabe citar además que CENIT ha publicado: **Los Primeros Estoicos**, **Claude Tillier** y los recuerdos de adolescencia del sabio, con el título **Colgando los Hábitos**. Asimismo, nuestra re-

UNA EXPOSICION DE "SHUM"

por H. PLAJA

NUESTRO viejo amigo Acher, «el Poeta», que no se escapará de la memoria de muchos y viejos militantes, acaba de celebrar una de las tantas exposiciones como viene celebrando desde nuestro exilio.

«Shum» emprendió nueva ruta pictórica. Sin dejar de poner en su nueva etapa de actividades, el sello de su sentir y de su pensamiento de cara a la libertad.

Recordamos muy bien nuestra campaña en 1924, fecha en que nos hallábamos en la dirección de «Solidaridad Obrera» en Barcelona, para liberarlo de la pena máxima que el régimen de Primo de Rivera habíale impuesto por delito político.

Y de su producción artística conservamos el más grato de los recuerdos.

Pensamos en estos momentos en aquella ilustración confeccionada en Santona, cuyas páginas, redactadas e ilustradas maravillosamente, llenaron de emoción nuestras almas, y causaron gran sensación entre las gentes doctas a las cuales se les iba mostrando el libro que contenía más de 100 hojas. Era ejemplar único, hecho con la paciencia y el cuidado que la tranquilidad del presidio, para un artista como «Shum», permite en las largas e interminables horas del encierro.

Creemos que la época a que nos referimos fue culminante para «Shum». La genialidad tiene su momento específico, y en aquel momento de ostracismo forzado en que el hombre permanece al margen del ruido de la sociedad, «Shum» supo inspirarse como nunca para revelarse como gran artista y como idealista.

Más tarde, advenida la República «de trabajadores de todas clases», «Shum» se pierde en las ave-

nidas de la turbulenta euforia, y la tiranía del vivir material marca un triste impacto en su actividad...

En el torbellino de nuestra tragedia, de nuestro exilio, «Shum» prosigue su obra artística, y si bien no vemos colaboraciones en nuestra prensa, el artista va cultivando su arte y el duro vivir le inclina al medio comercial donde también triunfa.

Más tarde, revive en «Shum» el artista de ayer. Pero también se mece en el ambiente de un modernismo o de un ultraísmo que la época impone, y en cuyo vaivén no sucumbe el artista, pero queda algo debilitado el genio del artista de ayer.

De todas maneras el amigo «Shum», siempre imbuido de un glorioso pasado que le hizo hombre, ha sabido intercalar entre su gran producción, entre su valiosa aportación artística, el producto de su sueño ideal de ayer.

De entre la última exposición celebrada, con 50 y tantos cuadros, entresacamos cinco o seis que nos autentifican a nuestro querido amigo de ayer. Pero sobre todo, uno de ellos, cuya reproducción nos permitimos, refleja la intimidad y el sentimiento de sus añejas colaboraciones artísticas. Y pensamos en algunos momentos, si la efigie aquí reproducida, no quiere reflejar su ayer, poniendo en la superficie de nuestros recuerdos la autenticidad espiritual de «Shum».

No somos técnicos, ni críticos de arte, sino emocionables en sentimientos artísticos. Y por ello nos relevamos de internarnos en este camino, dejando la labor para la gran crítica de arte, Margarita Nelken, cuya labor hacia «Shum» ha sido en México de gran importancia, dándole a conocer y elevando su arte tal como merece.

LA VIDA Y LOS LIBROS

vista ha publicado un sinnúmero de artículos de Han Ryner, en casi toda su totalidad inéditos. Es de destacar asimismo que, en la España libertaria de otrora, Han Ryner fue muy difundido. La editorial «Vértice» de Sabadell publicó por primera vez *El Quinto Evangelio*. A las ediciones de *La Revista Blanca* se debe *El In-*

genioso Hidalgo Miguel de Cervantes, *El Aventurero de Amor* y *El Autodidacta*. Por su parte, Estudios de Valencia publicó *El Subjetivismo* y *La Esfinge Roja*. La «Guilda de los Amigos del Libro» de Barcelona publicó un poco antes de la Revolución, su obra maestra *La Sabiduría Riente*. Y existía el proyecto de pu-

blicar en España las «Obras completas» de Han Ryner. Es de esperar, como escribe el amigo Simón, que una editorial gala publique asimismo sus «Obras Completas» para que, a la vez de hacer reconocer como se debe el nombre de Han Ryner, esparza a los cuatro vientos su vital filosofía.

V. M.

POETAS DE AYER Y DE HOY

DE LA MANO AL AMOR

Ven hijo mío al Amor
ganado a pulso de llanto,
y en esa flor, mientras tanto,
trata sólo de ser flor.
Luego vendrá lo mejor
hecho presencia y encanto.

Ven con las manos al pan
que masó nuestra alegría
de vivir de cara al día.
Ven e iremos donde van
los hombres que el paso dar.
con claro gusto de hombría.

La noche oscura pasó
con su carro de quimeras.
Abre en tus ojos palmeras
de la luz que en ti tejó
la eternidad, porque vió
tus miras de altas esferas.

Es hora de caminar
dando todo lo adquirido,
de levantar al caído
y ayudarlo a caminar.
El caro modo de amar
tiene amando su sentido.

Yo te propongo, del Bien
el Bien mismo en tu persona.
La Vida Eterna te abona
el precio con su sostén.
Si tan alto miras, ven,
que ya el amor te corona.

Nadie te engañe al querer
venderte, acaso, al capricho.
No encierres en vano nicho
cuanto aquí te dió el saber.
Di la verdad al poner
tu vida siempre en lo dicho.

Yo te he querido mostrar
que el amor entero y puro
no puede andar en lo oscuro
ni en lo escondido habitar.
Por eso, cuando he de amar,
hacerlo en alto procuro.

Hay una ciencia a seguir
en todas partes del día.
Lo que importa es la ambrosía
que habremos de compartir
cuando hayamos de vivir
como el Amor nos envía.

¿Cuál ha de ser la canción
que entonces con claro pecho
cuando sabes que lo hecho
parte del Verbo en acción?
¡Corra libre el corazón
como el río por su lecho!

Ven, hijo mío, a vivir
del trabajo de tu idea.
Que tu propósito sea
la íntegra Verdad servir.
Y no te importe morir
si la Vida lo desea.

ABARRATEGUI

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Carlos de Europa, W. Lewis	4 50	Misión presidencial	8 40
Cuentos del México antiguo, A. Valle	3 50	Mito de Sisifo y Hombre rebelde	19 00
Cartas a un escéptico, Balmes	4 00	Misterio de Frontenac	6 00
Duelo al sol, Busch	3 50	Mito de la cruzada	16 50
Diccionario español ilustrado	30 00	Mi infancia, Cajal	4 00
Estudios Literarios, Menéndez Pidal	4 00	Mi paso por la política	6 00
El héroe, El discreto, Gracián	3 50	Misión de prensa en España, Chavez	15 00
El señor de la Salle, Gallardo	3 50	Misión de guerra en España, Hayes	15 00
Fermina Márquez, V. Larbaud	3 50	Misterio y otros cuentos	2 50
Familia de Albareda, F. Caballero	3 50	Memorias de Cisneros (2 v.)	28 00
Grito en la noche, Mata	5 00	Más allá de los Urales	6 00
La maja desnuda, Dax	3 50	Montes de Oca	2 50
La perfecta casada, Fr. Luis de León	3 50	Movimiento Libertario en E. A. y A.	1 00
Lecturas españolas, Azorin	3 50	Montalvez, Pereda	4 00
Manón	3 00	Monederos falsos	7 00
Mandarín (el)	2 50	Muchacha del ideal	2 50
Manantial (el)	15 00	Mujer de ámbar, Gómez	3 50
Manón Lescaut	2 50	Mundo nuevo	1 80
Manual de clasificación y archivo	3 00	Municipio español desde la época de Roma	0 50
Mario y el hipnotizador	5 00	Muelle de las brumas	2 50
Martín Fierro	3 50	Mundo de ayer (el)	5 60
Maternidad y espíritu	3 00	Morganáticos, M. Nordau	1 00
Mayor pendiente	10 00	Municipio, mandatario de la asamblea, Alaiz	0 50
Mazzini, King	6 00	Narváez	2 50
Marxismo y socialismo libertario, Guérin	8 50	Ni víctimas ni verdugos	2 00
Más allá del amor y de la vida	3 00	Nueva York, Maurand	3 00
Marzo y el 2 de Mayo	2 50	Nuevo drama de Europa	6 00
Mascarilla y trébol	3 50	Nacha Regules	2 00
Matrimonios	7 00	Napoleón y las mujeres	2 00
Magallanes	5 00	Náufragos, Adrián del Valle (incompleto)	0 00
Más allá de los montes Urales	4 00	Náufrago del Cyntia	4 50
Memorias de un cortesano	2 50	Niño de la bola, Alarcón	2 50
Mendizábal	2 50	Noticias de ninguna parte	3 00
Medicina sexual	y 50	Noches tristes	5 00
Memorias de P. Casals	1 00	Norteamericanos en su salsa	3 00
Memorias del Congreso de 1960	3 00	Nociones de historia natural	0 60
Memorias del Congreso de París	1 00	Novela de Roger de Flor	3 60
Método de autosugestión	6 00	Novelas ejemplares, Cervantes	4 50
Mis montañas	2 00	Nubes de estío	4 50
Mi adorable mamá	2 50	Nuestros primeros 20 años	16 00
Mi conciencia, Chantepleure	2 00	Nostradamus	2 50
Mi tío Spencer	6 00	Nueva maldición del practicismo, Alaiz	0 50
Mi amiga Flica	6 00	Ni Franco ni la Monarquía	0 80
Mi política, Gordón Ordás (tomo I)	15 00	Nicolai, Relgis	6 50
Idem, idem, idem (tomo II)	15 00	Peñas Arriba, Pereda	5 00
Idem, idem, idem (tomo III)	20 00	Rimas y leyenda, Bécquer	3 50
Mi política fuera de España, Gordás	20 00	Rey Lear, Shakespeare	3 50
Mientras yo agonizo	6 00	Reconquistada, Mata	2 50
Militancia pide la palabra (la)	0 50	Sabor de la Tierruca, Pereda	3 50
Mis interviús, Gorki	5 00	Sotileza, Pereda	4 00
Mis prisiones, Pellico	4 00	Zalacain el aventurero, Baroja	3 50

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)